

# HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

I

SUMARIO:



ENSAYOS DE ANTONIO MACHADO, ROSA CHACEL Y JOSÉ BERGAMÍN. POEMAS DE J. MORENO VILLA Y J. GIL-ALBERT. NOTAS DE A. SÁNCHEZ BARBUDO, J. LÓPEZ-REY, R. GAYA, M. ALTOLAGUIRRE Y B. CLARIANA. TEATRO DE R. DIESTE.



---

*Vinetas de Ramón Gaya. Valencia, Enero, 1937.*





HORA  
DE  
ESPAÑA

*Tipografía Moderna, Primado Reig, 9 - Teléfono 11062 - Valencia*

Ayuntamiento de Madrid

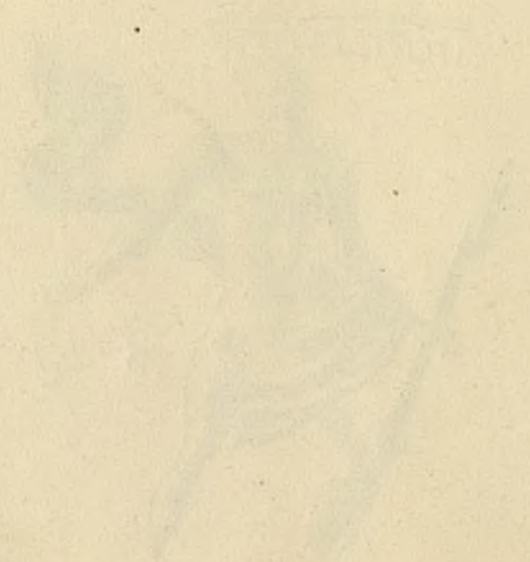


ENSAYOS  
POESIA  
CRITICA



*AL SERVICIO  
DE LA CAUSA POPULAR*

EXPOSICION  
NACIONAL  
DE 1889



AYUNTAMIENTO DE MADRID  
1889



# P R O P O S I T O

El título de nuestra revista lleva implícito su propósito. Estamos viviendo *una* hora de España de trascendencia incalculable. Acaso *su* hora más importante.

Saber si ésta es *su* hora definitiva, o *una* hora de enorme importancia sencillamente, es un problema que se nos presentó al pensar en el título. Y si optamos por la forma indeterminada fué porque ésta no admite ambigüedades, mientras, que, la otra sí. Al decir HORA DE ESPAÑA afirmamos que es hora suya, pero no que sea *su* hora. En cambio, al decir *La Hora de España*, nos asaltarían, por lo menos, estas dos preguntas: ¿es su hora en el orden internacional o en el orden intranacional? Y entraríamos con tales interrogaciones en el terreno de las profecías más o menos filosóficas, terreno poco firme.

Quede, pues, en HORA DE ESPAÑA, y sea nuestro objetivo literario reflejar esta hora precisa de revolución y guerra civil.

Es cierto que esta hora se viene reflejando en los diarios, proclamas, carteles y hojas volanderas que día por día flotan en las ciudades. Pero todas esas publicaciones que son en

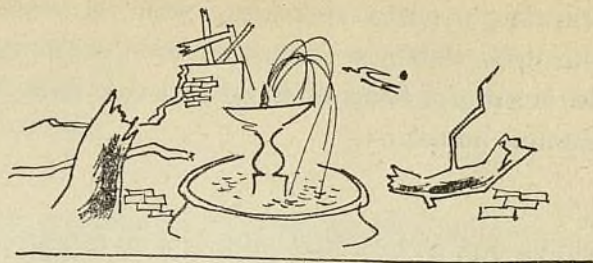


cierto modo artículos de primera necesidad, platos fuertes, se expresan en tonos agudos y gestos crispados. Y es forzoso que tras ellas vengan otras publicaciones de otro tono y otro gesto, publicaciones que, desbordando el área nacional, puedan ser entendidas por los camaradas o simpatizantes esparcidos por el mundo, gentes que no entienden por gritos como los familiares de casa, hispanófilos, en fin, que recibirán inmensa alegría al ver que España prosigue su vida intelectual o de creación artística en medio del conflicto gigantesco en que se debate.

Nuestros escritos han de estar, pues, en la línea de los acontecimientos, al filo de las circunstancias, teñidos por el color de la hora, traspasados por el sentimiento general.

Nuestro pensamiento es éste: Si es la hora del alba, nuestros actos serán levantarnos, asearnos, agarrar las herramientas y empezar la tarea de esta hora. Y todas estas operaciones irán teñidas forzosamente del color de la luz que hay y del frío del amanecer y transida por los sonidos mañaneros y por la animación matutina. Si fuese la hora del mediodía o la del ocaso, nuestros movimientos serían otros, y también la luz y los sonidos. Creemos, en suma, que la hora manda. Y debemos atender lo que nos manda la HORA DE ESPAÑA.





# CONSEJOS, SENTEN- CIAS Y DONAIRES DE JUAN DE MAIRENA Y DE SU MAESTRO ABEL MARTÍN

Nunca peguéis con lacre las hojas secas de los árboles para fatigar al viento. Porque el viento no se fatiga, sino que se enfada, y se lleva las hojas secas y las verdes.

\*

Aprendió tantas cosas—escribía mi maestro, a la muerte de un su amigo erudito—, que no tuvo tiempo para pensar en ninguna de ellas.

\*

Cuando el Cristo vuelva—decía mi maestro—, predicará el orgullo a los humildes, como ayer predicaba la humildad a los poderosos. Y sus palabras serán, aproximadamente, las mismas: «Recordad que vuestro padre está en los cielos; tan alta es



vuestra alcurnia por parte de padre. Sobre la tierra sólo hay ya para vosotros deberes fraternos, independientes de los vínculos de la sangre. Licenciad de una vez para siempre al bíblico semental humano».

\*

No olvidéis que es tan fácil quitarle a un maestro la batuta, como difícil dirigir con ella la quinta sinfonía de Beethoven.

\*

También quiero recordaros algo que saben muy bien los niños pequeños y olvidamos los hombres con demasiada frecuencia: que es más difícil andar en dos pies que caer en cuatro.

\*

Decía mi maestro que deseaba morir sin llamar la atención de nadie; que su muerte pasase completamente inadvertida. Un mutis bien hecho—añadía aquel buen farsante—no debe hacerse aplaudir.

\*

Aprende a dudar, hijo, y acabarás dudando de tu propia duda. De este modo premia Dios al escéptico y confunde al creyente.

\*

Cuando los hombres acuden a las armas, la retórica ha terminado su misión. Porque ya no se trata de convencer, sino de vencer y abatir al adversario. Sin embargo, no hay guerra sin retórica. Y lo característico de la retórica guerrera consiste en ser ella la misma para los dos beligerantes, como si ambos



comulgasen en las mismas razones y hubiesen llegado a un previo acuerdo sobre las mismas verdades. De aquí deducía mi maestro la irracionalidad de la guerra, por un lado, y de la retórica, por otro.

\*

¿Un arte proletario? Para mí no hay problema. Todo arte verdadero será arte proletario. Quiero decir que todo artista trabaja siempre para la prole de Adán. Lo difícil sería crear un arte para señoritos, que no ha existido jamás.

\*

—Siempre está usted descubriendo mediterráneos, amigo Mairena.

—Es el destino ineluctable de todos los navegantes, amigo Tortolez.

\*

Para descubrir la cuarta dimensión de vuestro pensamiento, buscad el perfil gedeónico de vuestras paradojas, en el espejo bobo de vuestra sabiduría.

\*

Ayudadme a comprender lo que os digo, y os lo explicaré más despacio.

\*

Donde varios hombres o, si queréis, varios sabios se reúnen a pensar en común hay un orangután invisible que piensa por todos. Frase ingeniosa, que expresa una verdad incompleta. Porque en los diálogos platónicos, si alguien piensa por todos, es nada menos que Sócrates. Nada menos que Sócrates, y nadie más... que el divino Platón.

\*



*Fugit irreparabile tempus.* He aquí un latín que siempre me ha preocupado hondamente. Pero mucho más este dicho español: *dar tiempo al tiempo*. Meditad sobre lo que esto puede querer decir.

\*

Sólo en el silencio, que es, como decía mi maestro, *el aspecto sonoro de la nada*, puede el poeta gozar plenamente del gran regalo que le hizo la divinidad, para que fuese cantor, descubridor de un mundo de armonías. Por eso el poeta huye de todo guirigay y aborrece esas máquinas parlantes con que se pretende embargarnos el poco silencio de que aun pudiéramos disponer.

\*

El verdadero invento de Satanás—profetizaba Mairena—será la película sonora en que las imágenes fotografiadas, no ya sólo se muevan, sino que hablen, chillen y berreen como demonios dentro de una tinaja. El día en que ese engendro se logre coincidirá con la extensión del empleo de los venenos insecticidas al aniquilamiento de la especie humana. Por una vez estuvo Mairena algo acertado en sus vaticinios; porque la película sonora y el uso bélico de los gases deletéreos son realmente contemporáneos. Que sean dos fenómenos concomitantes, como efectos de una misma causa, es muy discutible. Sin embargo...

\*

De ningún modo quisiera yo—habla Juan de Mairena a sus alumnos—educaros para señoritos, para hombres que eludan el trabajo con que se gana el pan. Hemos llegado ya a una plena conciencia de la dignidad esencial, de la suprema aristo-



cracia del hombre; y de todo privilegio de clase pensamos que no podrá sostenerse en lo futuro. Porque si el hombre, como nosotros creemos, de acuerdo con la ética popular, no lleva sobre sí valor más alto que el de ser hombre, el aventajamiento de un grupo social sobre otro carece de fundamento moral. De la gran experiencia cristiana todavía en curso, es ésta una consecuencia ineludible, a la cual ha llegado el pueblo, como de costumbre, antes que nuestros doctores. El divino Platón filosofaba sobre los hombros de los esclavos. Para nosotros es esto éticamente imposible. Porque nada nos autoriza ya a arrojar sobre la espalda de nuestro prójimo las faenas de pan llevar, el trabajo marcado con el signo de la necesidad, mientras nosotros vacamos a las altas y libres actividades del espíritu, que son las específicamente humanas. No. El trabajo propiamente dicho, la actividad que se realiza por necesidad ineluctable de nuestro destino, en circunstancias obligadas de lugar y de tiempo, puede coincidir o no coincidir con nuestra vocación. Esta coincidencia se da unas veces, otras no; en algunos casos es imposible que se produzca. Pensad en las faenas de las minas, en la limpieza y dragado de las alcantarillas, en muchas labores de oficina, tan embrutecedoras... Lo necesario es trabajar, de ningún modo la coincidencia del trabajo con la vocación del que lo realiza. Y es este trabajo necesario que, lejos de enaltecer al hombre, le humilla, y aun pudiera degradarle, el que debe repartirse por igual entre todos, para que todos puedan disponer del tiempo preciso y la energía necesaria que requieren las actividades libres, ni superfluas ni parasitarias, merced a las cuales el hombre se aventaja a los otros primates. Si queda esto bien asentado entre nosotros, podremos pasar a examinar cuanto hay de supersticioso en el



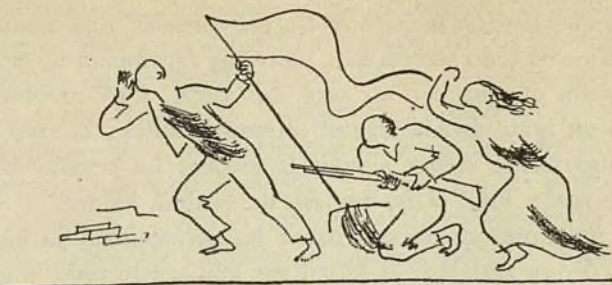
culto apologético del trabajo. Quede para otro día, en que hablaremos de *los ejércitos del trabajo*.

\*

Escribir para el pueblo—decía mi maestro— ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España; Shakespeare, en Inglaterra; Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Por eso yo no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular. Siempre que advirtáis un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo.

ANTONIO MACHADO.





## CULTURA Y PUEBLO

Estos dos términos, cultura y pueblo, sobresalen de todas las voces que llenan el momento actual, destacándose con unánime impulso, con franca voluntad, o más bien forzosidad, de fusionarse. Qué último fondo intencional, qué vital interés y qué propósito guía a cada uno de estos elementos a aproximarse al otro, es lo que es necesario aclarar antes de seguir combinando los dos sustantivos con todas las preposiciones posibles, como es uso.

Nótese el prurito, a veces desconcertante, de cultura que desde el comienzo de la revolución se hace ostensible en todas las manifestaciones del pueblo. Teniendo por norma dudar cuando se trata de la autenticidad de los hechos, podríamos temer que no fuese más que una incitación sostenida por algunos intelectuales; pero si pensamos profundamente en las características de la revolución actual; si llegamos a comprender qué es lo que se salda en ella verdaderamente original y decisivo, tendremos que convenir en que es, precisamente, la posición del pueblo respecto a la cultura y de la cultura respecto al pueblo.

Basta tener en cuenta algunos puntos principales. Las últimas fórmulas de la ciencia social, han sido ya implantadas por la revolución



rusa. Ciertamente que España lucha hoy día por alcanzar una madurez política y económica en todo semejante; pero una revolución no se repite por la misma razón que un ser no nace dos veces. Una revolución no se repite como un texto de historia en diferentes aulas; la vive un pueblo y ningún otro puede volver a vivir la misma. La revolución española carecería de razón vital si no tuviese un porqué inédito, si no tratase más que de implantar en nuestra patria las perfecciones ya logradas por otro pueblo. Y, en realidad, es difícil ver aún, entre todo lo que se manifiesta, cuál es nuestro proyecto genuino.

Hasta ahora, los grandes cambios sociales que pudiéramos repasar en los trazos más salientes de la historia, han tenido siempre por objeto establecer las últimas conclusiones del pensamiento humano. Era, precisamente, la madurez de una nueva creencia lo que hacía a los hombres derrocar las viejas jerarquías, y el encadenamiento de los hechos históricos se sucedía así con perfecta congruencia. Pero es preciso que consideremos el último movimiento social, esto es, el marxismo, como punto final en nuestro presente ideológico. Tanto es así—aunque no es esta la ocasión de demostrarlo—que el movimiento que naturalmente se le ha contrapuesto, el fascismo, tiene como principal, acaso como único sentido, el de ¡alto! El fascismo lo que propugna, aparte de su intolerancia con las transformaciones de la economía—que, más o menos, ha tenido que simular para poder subsistir—, es, ante todo, no avanzar en el derrotero tomado por el pensamiento, no continuar la especulación y sus albrices disolventes, no asomarse al vacío de ese punto final que avallora el porvenir.

El pueblo español, hubiera buscado aún durante algún tiempo la fórmula de su revolución, y no por falta de adiestramiento en las disciplinas políticas, sino sólo por falta de ese aliento creador que lleva a los trances de vida o muerte. Pero ha bastado que pesase una amenaza sobre la independencia de su alma para que haya podido realizar su revolución, con una secreta consigna que no llega a aflorar en ninguna conciencia, continuar.

El pueblo, no puede sentir jamás la necesidad ni siquiera la conveniencia de la contención. Un pueblo que aceptase mantenerse en los límites morales, remontados ya por generaciones extinguidas, sería un



pueblo sin vitalidad en su sentido moral. El pueblo, en cuanto pueblo, no puede llegar jamás a esa actitud por cultura; sí por relajamiento.

Lo propio de un pueblo que confía en sus reservas, que no siente agotadas sus venas creadoras, es exigir de la cultura—y exigirlo con toda incontinencia—que continúe su marcha hacia los posibles más arriesgados, pues como no puede medirlos de antemano, no le empavorecen.

Hay un solo punto de enlace real entre estas dos entidades de que nos ocupamos: la moral. Un conjunto de determinaciones ideales, lógicas, perfectamente congruentes y recíprocamente complementarias del sentir humano. En las estaciones—empleando este término por aludir a la madurez de las ideas—en que el pensamiento ha alcanzado grandes contenidos sustanciosos y concretos, el sentido moral ha rebasado sus mismos preceptos, informando la totalidad de la vida, difundiéndose por cauces insospechables, arraigando espontáneo en el puro campo intuitivo; sin olvidar las formas inferiores de contagio y hábito que no carecen de importancia. Pero el presente—recurriendo siempre a la brevedad de la metáfora—ha logrado todo su esplendor por eliminación; los últimos hallazgos del pensamiento no son más que exclusiones. ¿Cómo conectar éstos, que para la ciencia son puntos positivos, con el sentir natural que en el primer intento se extendería por ellos, notándose los vacíos y, por tanto, considerándose manco, disipándose en esta duda, en esta insatisfacción?

Ese sentido, representado en la ocasión y lugar a que nos referimos por el pueblo, exige nutrirse de evidentes realidades que emanen, y a un tiempo recaigan, en su presente; de realidades que patentemente actúen en su sentir, y, en consecuencia, informen su actuar. Imposible retrotraerse al inmediato pasado cuya actualidad hemos visto morir. Lo que hay de positivo en el espíritu conservador requiere que las cosas tengan el prestigio de la muerte para proyectar sobre ellas su acción renacentista. Y todavía no es la hora de reactivar antiguos valores, ni siquiera de patentizar los nexos perdurables que ligan forzosamente a todo momento histórico con sus anteriores. La empresa del nuestro es afrontar el conflicto en que culmina hoy día el más elevado pensar, acogerle en el sentido entrañable, unirse a él y correr su suerte.

Esta es la decisión subracional que induce al pueblo hacia la cultu-



ra, y no otra cosa que su propio conflicto es lo que lleva a la cultura a abrirse al pueblo.

La cultura, al haber relegado la idea de Dios a términos casi inaprehensibles para el conocimiento, busca entre las fuerzas anárquicas del pueblo el sentido latente, el inextinguible aliento que animó la vida de Dios.

\*

Los párrafos anteriores no son más que un paso desatentado sobre puntos hartos sensibles y preciosos. Toda su complejidad queda esquivada, su verdadera demostración omitida; por tanto, el aproximado resumen que puedan componer, tiene que ser enteramente confiado a la rectitud del entendimiento que se disponga a suplir argumentos y entrever alusiones.

El propósito de este ensayo no es estudiar los hechos de que venimos hablando; los deducimos aquí brevemente de síntesis meditadas antes, que algún día tendrán desarrollo, y si, aunque sea con reservas, pueden darse por admitidos, afrontaremos el verdadero empeño que lo guía y que es dilucidar si el comercio entre pueblo y cultura, por sus vías y trámites actuales, delata una real y verdadera eficiencia, y si la parte a quien está confiada la actividad más explícita, la que ha de conducir al pueblo hacia lo que es su objeto, esto es, los creadores de cultura, los intelectuales, estamos en realidad cumpliendo con nuestro verdadero deber.

Ciertamente, la actividad que se desarrolla con este fin es grande; sólo falta saber si de modo acertado se complementan en esta ocasión sentido y forma.

Si buscamos los elementos prerrevolucionarios en los campos prácticamente ajenos al movimiento social, esto es, en la poesía, literatura en general, filosofía, etc., encontraremos que acaso el más pertinaz y significativo sea la preocupación—manía llega a veces a constituir—por el folk-lore. No es esta la ocasión de citar un estudio de un malogrado escritor español sobre la aparición de las formas populares como anuncio de las revoluciones del dieciocho, pero conviene traer a la memoria cómo en ese momento histórico el nuevo sentido se anunciaba con cierta



visualidad capciosa y conviene también comparar este hecho con el mayor cataclismo que la historia señala : la transformación del mundo antiguo en el cristiano, notando que en éste lo que de la nueva era se anticipaba, infiltrándose irresistiblemente en arte, filosofía y costumbres, era el estricto sentido nuclear de la teoría futura : la piedad. Todo lo que pudiera considerarse forma del anterior modo de vida fué relegado por los que adoptaban la nueva teoría o demolido por los propugnadores de ella sin sustituirlo con nada, porque el hombre en aquel momento se abismaba totalmente en el nuevo sentido y sólo en el sentido.

Por qué a través de tan largo lapso (\*) las modificaciones de la vida material fueron tales y tales ; por qué la repugnancia por las formas del orden acabado no fué después tan radical, sería conveniente estudiarlo largamente, pero tendremos que limitarnos a señalar sólo el motivo más clásicamente dilucidado : el hombre del XVIII, en contraposición con el cristiano, lucha por la felicidad en este mundo. Partiendo de esto, notemos la más simple diferencia : el cristiano concibe una nueva vida para todos los hombres ; el revolucionario de la época de las libertades y derechos lucha por elevar el nivel material de la vida de ciertos hombres y el moral de los demás en la relación de unos con otros. Es decir, que, el tema, pasa de religioso a social, sin abandonar el acento mítico al tratar del hombre. Es en Rusia, en la Rusia que nos es tan próxima, pues todos más o menos la hemos visto nacer, donde la idea de pueblo, ya adulta desde entonces, logra adquirir su hegemonía, y de allí llega a nuestra España como acicate irresistible que pone en marcha los más enmohecidos resortes del alma nacional.

Y ahora, en medio de esta revolución que hace el pueblo por y para el pueblo, atrevámonos a preguntar : ¿qué es el pueblo para el pueblo?

El erudito podría, con autoridad, respondernos : el pueblo es ese venero de sabiduría, de poesía, de sentido que se muestra en el folk-lore. Y sin autoridad, pero con aplomo, forman ya legión los instructores del pueblo que tal cosa propugnan. Pero, sostenerlo, en la hora del examen de conciencia, sería funesto error o impostura aleve.

(\*) Imposible aludir al Renacimiento, pues la más simple exposición, libre de tópicos, sería extensísima.



El pueblo es, como dijimos en párrafos anteriores, ese yacimiento que hoy busca la cultura para vivificar sus raíces. En la madurez de las ciencias naturales fué cuando cobraron importancia las formas zoológicas primarias. Solamente cuando el conocimiento de la vida, en todas sus manifestaciones, hubo llegado a alcanzar alturas casi inmensurables, es cuando esos tiernos esbozos pudieron ser divisados en el conjunto, en la extensa perspectiva de la sabiduría humana. Sólo entonces pudieron ser consultados, superestimados, sus secretos. Así, para el sabio actual, para el que puede abarcar en su grandiosa fábrica la historia de la cultura, destacan hoy día esos puntos iniciales, esas tiernas intuiciones, esas nociones de tan simple e informe cuerpo, pero de tan precioso broche.

Puede servir para medir la capacidad de un hombre culto su aptitud para insertar las fórmulas del folk-lore en su debido lugar y para desentrañar la complejidad de su alcance. Si se busca un modo de conocimiento exangüe, zurdo, estéril, en una palabra, no se encontrará otro que llene mejor las condiciones que este de poner ante el pueblo formas populares. Bastaría notar que estos graciosos trazos, que hoy nos encantan, no nacieron en vista de modelos candorosos que ofreciesen problemas elementales. No; su elementalidad es mera cuestión ordinal. Es decir, que había que empezar por algo y se empezaba por lo primero. Pero, ¿con qué impulso? ¿A qué anhelo o pretensión apuntaba su eje o directriz? No es posible dudarlo: su meta es el límite de la posibilidad del hombre. Tanto los surgidos como leve balbuceo, antes que ninguna forma madura, como los creados por el hombre próximo a la tierra, privado de la sociedad culta, de frente a una cultura admirada u odiada, perseguido o inadvertido por ella; todos, en fin, tienen las medidas de los grandes cánones; todos aspiran, o acaso atentan, a la perfecta norma que lleva al hombre más allá de sí mismo.

Este es el argumento burdo que sale al paso nada más pensar en este tema, pero hay un número incalculable de otros más sutiles.

Otro derrotero de la corriente cultura-pueblo es el elemento romántico, en sus aspectos de evocación, añoranza, enajenamiento. Nótese la diferencia que existe entre estas dos actitudes de la cultura respecto a sus fuentes u orígenes. Una, busca sus ramales primarios para seguir su sentido a través del entramado de la experiencia; otra, evoca la frescura de sus primeros frutos, que añora desde la pesadumbre del cono-



cimiento y que pueden servirla para renovar el panorama de la conciencia.

En el arte romántico la antigüedad es un lugar de fuga; la pintura y la música la abordaron desde la perfección de sus técnicas sabias sin afectar formas ingenuas. La poesía únicamente revivió el romance, pero siempre, claro está, situándole en una lejanía de acción en un decorado exótico en su tiempo.

Pensar que el pueblo pueda encontrarse jamás en una de estas dos posiciones es locura o ignorancia imperdonable. El pueblo, ni puede estudiarse ni puede añorarse a sí mismo. No puede desear para su expresión una vía más simple y elemental que lo que el tráfico de su alma actual requiere. Si todos estamos de acuerdo, y ha llegado a adquirir firmeza tópica «el arte es uno», es preciso reconocer que la técnica es una, y que una brigada motorizada no puede recitar su gesta en romance sin convertirse en el monstruo de anacronismo más anfibio. Esto no admite discusión: el romance y el pentamotor no pueden coexistir en una hora. El pueblo que ve volar sobre su cabeza las máquinas forjadas por sus manos, que sabe la cifra de las revoluciones de su hélice, y sabe cómo procede en su trayectoria el proyectil que le combate; el pueblo que conoce este admirable artificio de la técnica en todo el lujo de su retórica, ¿puede expresarse en el balbuceo poético que no tiene, bien mirado, más mérito ni encanto que los atisbos logrados en los ejemplares originarios?

Bien es verdad que el daño que tal prejuicio acarrea no recae sólo en el pueblo; los jóvenes intelectuales que se ejercitan en esto creyéndolo deber cívico, no hacen más que adulterar su escuela; la marcha propia que la poesía podría llevar por sí misma, no hace más que destruir las normas que le son consustanciales, esto es, el ser la expresión de las nociones más directas e inmediatas, degradándola hasta el plagio, hasta la mortal repetición y, por tanto, anulando los intentos juveniles de su genio que, en aquel que lo posea, se revelará algún día, tal vez arrasando en su horror y repugnancia cosas valiosas que no debieron nunca someterse a esta prueba.

Esta intelectualidad joven, unida al pueblo en lo más puro y firme de su voluntad, sufre con él el espejismo de la pseudocultura, se disipa



en la obsesión del teatro, en las interpretaciones históricas, frívolas, cuando no torcidas premeditadamente.

Sería preciso un estudio, sin límite de espacio ni esfuerzo, para encajear el peligro de obtusidad, de ininteligencia, en que precipita al pueblo una interpretación errónea de la historia—hablo a los que creen en el pueblo—en este momento en que la historia es nuestro más poderoso caudal de conocimiento, en esta hora en que el pueblo está en carne viva ; y, simplemente, porque esta hora es inolvidable hará suyo todo lo que le sea coetáneo en ella.

La historia, ya en otras ocasiones, ha servido de estímulo para enardecer los ánimos ; nuestros políticos del siglo pasado adobaban sus discursos sobre temas provinciales con la evocación de romanos y godos a cada paso, pero este juego no puede repetirse aunque ahora se le presente con mejor decorado. Los gritos revolucionarios no tienen que salir de la historia. Si no hay una realidad viva que lance esos gritos como única voz propia, no merecerán nunca ser escuchados.

Cuando llegue el reposo, cuando no nos inquiete ni irrite el presente hasta turbar nuestra razón, tendremos tiempo de mirar la historia con la profunda devoción que requiere, hasta comprenderla de tal modo que siempre creamos tenerla delante, porque disfrazando una cita harto gloriosa, el pasado está patente en el presente como el presente latente en el pasado.

Cuando esto sea realidad admitida, el presente volverá a tener sentido y el pueblo será oído nuevamente.

Hasta ahora el intelectual se empeña en dejar de ser dómine y convertirse en camarada, pero, ¿ cómo se atreve a llamarse camarada el intelectual que es ciego a la vida de la calle, que no ha sabido crear nada profundamente arraigado en la realidad circundante ? Camaradas del pueblo fueron los grandes novelistas del siglo pasado, los mejores escritores españoles del XVII (\*\*). De esa camaradería—en su más puro sentido—no podemos dudar, porque con una escena, una frase, la descripción

(\*\*) Los prosistas : los grandes poetas, en su vena popular, son abominables. El error que ahora señalamos intenta ser cimentado en Góngora y Lope, pero entenderlo así es adulterar la verdad manifiesta.



de un hombre o de una estancia, nos hablan de algo convivido. Hay en la gran literatura mesas que no pueden haber sido vistas desde la puerta, caminos que forzosamente han sido andados. El novelista es hoy día el único escritor que puede ser popular, es decir, llegar al pueblo sin disfrazarse de pueblo, y en España, desde Galdós hasta ahora, no ha habido ningún gran novelista (\*\*\*). Se ha dejado al pueblo corromperse en los espectáculos teatrales más anodinos y canallas, y a última hora, para redimirle, se le empieza a excitar con exotismos, en el menudo género de cancionistas, el prurito folk-lórico de atavíos antiguos y motivos sencillos; en la comedia socializante, nombres extranjeros; en los personajes, alusiones más o menos vagas a todo lo lejano y desconocido que, por tanto, puede albergar la más desarticulada teoría.

Este gran artilugio que pretende, en cierto modo, alcanzar un marchamo romántico, no logrará nunca el prestigio de aquella hirviente confusión que fué el romanticismo. Todo el que piense rectamente tendrá que reconocer que, enfocada hacia el pueblo, su ejemplaridad es nula, queda reducida a poner en juego unos cuantos resortes del alma colectiva que esquivan la aridez del verdadero esfuerzo con el halago de una actividad grata, pero sin objeto. En suma; una nueva pornografía, de la que el pueblo mismo se hastiará alguna vez. Esperemos que pronto.

\*

Otras facetas de la relación del pueblo con la cultura tienen aún más importancia que la que hemos tratado, pero por su extensión tendrán que ser estudiadas en otro ensayo, habiendo dado a ésta un lugar primordial por ser la más fácil de apreciar, la más manifiesta y superficial en el complejo de los hechos presentes que, con paciencia infinita y voluntad inquebrantable, debemos discriminar si deseamos para España un clima moral concienzudamente puro.

Debo recalcar, por último, que sólo a esto, un tono moral vivo, real y propio, puede tender un estudio de este género. No niego que sirvan

(\*\*\*) Si hiciéramos aquí crítica literaria señalaríamos una genial excepción.

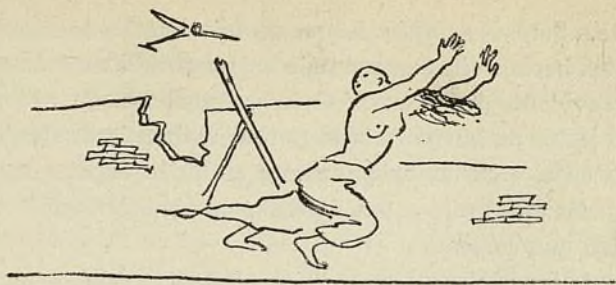


también otros puntos de vista para problemas prácticos, perentorios, ni que incluso existan perspectivas brillantes para construir un orden de exterioridades que pueda conducir a más o menos parcial prosperidad. Pero, como dije en un principio, hay algo único, genuino, que se salda aquí entre nosotros. Ningún español lo ha inventado, ninguno podrá hacerse responsable de sus consecuencias. Pero, este lugar nos señala el destino en esta hora histórica, y sólo significa esfuerzo, valor mental, tesón heroico para avanzar hacia la sombra. ¿Con qué esperanza? Con una solamente, muy lejana y dura de lograr. Realismo, anarquismo—esencias íntimas del alma hispana—integran el horizonte que se columbra en el pensamiento actual.

La palabra del futuro la dirá el pueblo que sepa hacer una sola de esas dos.

ROSA CHACEL





## **CARTA** ABIERTA A MADAME MALATERRE-SELLIER, RESPONDIENDO AL LIBRO DE FRANCISCO GAY: «EN LAS LLAMAS Y EN LA SANGRE»

He leído el libro de Francisco Gay que tuvo la amabilidad de prestarme. Le confieso que, de no haberlo recibido de sus manos con la recomendación de su lectura y la garantía de la buena fe de su autor, no hubiera pasado de las primeras páginas. Las llamas y la sangre que evoca, o quisiera evocar, este folleto de Gay, son tan diferentes de las reales, las auténticas entre las cuales estamos ahora viviendo, sufriendo, los españoles, que ni siquiera su reflejo más débil se parece a ellas. Por eso la lectura de ese libro me ha producido, ante todo, una impresión tan desagradable y enojosa de falsedad. Aunque el objeto de los artículos de polémica reunidos en este folleto no es otro que el de denunciar los crímenes rojos contra las iglesias y los religiosos españoles, la acusación que en ellos se hace, fundamentada casi exclusivamente, en el testimonio de algunas referencias indirectas, carece, precisamente, de aquella información de conjunto indispensable para conocer los hechos mis-



mos a que se refiere. No puede aislarse un solo aspecto de toda la complejidad de estos hechos sin que redunde su planteamiento, de este modo, en perjuicio evidente de la veracidad de la argumentación; lo que engendra en todo lector de buena fe la sospecha justificada de que esta buena fe no existe en el argumentador mismo, en quien expone sus acusaciones y denuncias en términos tan limitados al conocimiento total y justo de la realidad que comenta.

A través de las páginas de este libro, sólo aquí o allá, y muy de paso, se hacen alusiones a verdades cuya trascendencia se impondría ante toda otra consideración. Sin embargo, el autor pasa sobre ellas, como decimos los españoles, «como sobre ascuas». Y esta manera de eludirlas, al aludir las, produce un efecto contrario al que el escritor se propuso, pues, lejos de borrar, subraya las gravísimas omisiones, que se señalan más todavía de este modo.

Efectivamente, casi toda la fundamentación polémica de Gay se reduce a afirmar la falta de pruebas suficientes para demostrar la complicidad de la mayoría de los católicos españoles y, muy especialmente, del alto clero, los religiosos y sacerdotes, en el movimiento rebelde. Trata Gay de separar a los católicos, sacerdotes, religiosos y altas jerarquías de la Iglesia española de toda responsabilidad directa o indirecta en la sublevación militar de julio. Esta es una afirmación, cuya falsedad inicial es tan manifiesta, que basta para que todo lector que conozca nuestra lucha presente y nuestro inmediato pasado, de que esta lucha es consecuencia, rechace en principio todas las argumentaciones que Gay establece sobre base tan frágil. La argumentación de Gay tiende, de este modo, a excluir de toda responsabilidad, en la trágica situación española presente, a los católicos, especialmente a sus sacerdotes, religiosos y altas dignidades dirigentes. Es falso. Y añade Gay que esta responsabilidad corresponde por entero a los rojos (metáfora bastante vaga), y naturalmente, por ello, al Gobierno o Gobiernos de la República. Es también falso. Trataré de explicarle por qué.

La participación política de los sedicentes católicos, con la mayoría de los sacerdotes, religiosos y altas jerarquías eclesiásticas, en la sublevación militar de julio, único origen de nuestra actual situación dramática, de nuestra terrible lucha presente, no es una participación que



pueda incluirse dentro de un proceso jurídico con actas notariales y otras demostraciones, literales o formales, del mismo tipo probatorio. No. Esta participación, que va desde la complicidad al encubrimiento, no puede encerrarse en los límites artificiosos de un amoldamiento jurídico. Es muy otra cosa. Es una participación viva, verdaderamente directa, en un proceso histórico, del cual esta revolución y guerra civil del presente no es más, como le digo, que la más dolorosa, espantosa, consecuencia. No es necesario excluir de responsabilidades a esos malos católicos, mintiendo, falseando la realidad, la verdad española, para condenar con toda energía, con la más íntima repugnancia humana, los actos delictivos del terrorismo negro o rojo; terror desencadenado entre nosotros, única y exclusivamente, por la iniciativa criminal de los militares sublevados en julio; con la complicidad, Monsieur Gay, *de todos los elementos de derechas*, de la reacción española: tradicionalistas, monárquicos, falangistas y CEDA, a la cual ni siquiera se nombra una sola vez en las páginas de su libro. Recuerde usted, Monsieur Gay, si lo conoce (y debe conocerlo, como otras muchas cosas, para comentar nuestra lucha de ahora), recuerde, el discurso amenazador, delictivamente amenazador o prometedor del Sr. Gil Robles, jefe de la concentración de derechas derrotada por el Frente Popular, cómplice y encubridor, inmoral, criminal, del Gobierno Lerroux, responsable de la represión sangrienta de octubre; cómplice y encubridor, digo, del anticlerical Lerroux, en aquel Gobierno que deshonoraba, con sus inmoralidades administrativas, de tan escandaloso proceso público, a la democracia española; recuerde aquel discurso, o léalo si lo desconoce, y dígame después si no responsabiliza a su autor y a su partido, en los trágicos sucesos españoles determinados por la rebelión de los militares traidores; y recuerde también que ese discurso se lanzaba tras el parapeto de la muerte de aquel Calvo Sotelo, supuesto dictador del probable movimiento triunfante, y en vísperas, con sólo unos días, del levantamiento militar. Recuerde que la CEDA se decía representante de los católicos en España. Me dirá que la concentración de derechas CEDA, con todos sus otros apéndices reaccionarios, reunidos para aquel intento, no podían representar a los católicos españoles, ni mucho menos a la Iglesia. Naturalmente. Tan naturalmente como sobrenaturalmente, para mí, el catolicismo no



es eso; la religión universal de Cristo no es eso; no puede, sin profanación, sin sacrílega impostura, admitirse siquiera su vinculación a nada de eso; como a ninguna otra, aunque fuese noble y digna, política determinada. Todos los textos más autorizados de la Iglesia se oponen a esto. Usted y yo, Monsieur Gay, lo entendemos así muy claramente. Mas no olvide que, para hacérselo entender de ese mismo modo a la mayoría de los católicos españoles, desde sus más ignorantes sacerdotes humildes hasta sus, si no humildes, aún más ignorantes jerarquías eclesiásticas, me he pasado yo más de tres años, con mi revista «Cruz y Raya», en cuyas páginas colaboraron los mejores católicos de España, empeñado en ello sin conseguirlo. En aquellas páginas de mi revista, como en otros escritos míos, y no solamente en algunas palabras transcritas de una conversación amistosa (palabras cuyo contenido, sin embargo, le ratifico enteramente), debe buscar, Monsieur Gay, la motivación de su juicio sobre la autenticidad de mis creencias. Es demasiado grave la circunstancia que comenta con sus artículos para que no trate de evitar hasta el pretexto de que pueda suponersele mala fe por incurrir en tales ligerezas.

Al Director de «Esprit», mi querido amigo Mounnier, escribí no hace mucho una larga carta. No sé si estará publicada. En ella podrá encontrar algo que pueda servirle también para conocer mi testimonio.

Son dos cosas muy diferentes, a mi juicio, las que usted, Monsieur Gay, parece involuntariamente confundir. La posición, por así decirlo, oficial, de la Iglesia española, esto es, de sus altas jerarquías dirigentes al advenimiento de la República, y la conducta de estos mismos dirigentes desmintiendo constantemente aquella posición de principio. Con raras excepciones. Desde luego, la nobilísima del Cardenal Vidal y Barraquer. A esta alta personalidad puede dirigirse para que le diga, en conciencia, cuál fué la conducta del Obispo de Barcelona. Creo que Irujo. A este mal pastor de su diócesis podría acusarse de directa responsabilidad en la dolorosa persecución de los sacerdotes en su provincia y en la destrucción de tantas iglesias. Más en esta provincia que en ninguna otra. Este Obispo fué quien, en las elecciones de febrero último, predicó la cruzada contra el Frente Popular, identificando el votar a las derechas con el votar a Cristo; sin sentir que hasta en el enunciado expresaba ya la magnitud terrible y estúpida de su blasfemia. El fué



quien hizo armarse a los religiosos en los conventos, diciéndoles que seguramente serían atacados. Y como no lo fueron guardaron para otra mejor ocasión aquellas armas. Apenas si uno o dos párrocos de Barcelona se negaron a ello. Cuando el movimiento rebelde de los militares provocó la defensa armada de todo el pueblo, aquellos religiosos que creyeron compatible su misión evangélica con el empleo, aunque hubiera sido defensivo, de aquellas armas, siguiendo el consejo de su Obispo, se batieron, haciendo lo que debiera ser casa de paz ciudadela beligerante. Y todos los catalanes pueden testimoniarle cómo, mientras desde el convento de los «Carmelitas» en la Diagonal, como desde Santa María del Mar, se tiroteaba contra el pueblo, en otros conventos, como el de «Capuchinos», muy cercano al primero, se respetó a los religiosos que habían abierto las puertas del convento para acoger en él a los heridos, atendiéndoles provisionalmente. Ninguno de estos capuchinos fué violentado por el pueblo.

No ignoro que en la revuelta popular *provocada por los militares rebeldes* hayan perecido víctimas inocentes. Muchos religiosos y sacerdotes; víctimas de la profana significación que sus hábitos habían tomado por la mala conducta de sus jerarcas y de todos aquellos políticos de derechas que ampararon durante años la defensa de sus intereses, en su mayor parte injustos, ilegítimos, enmascarándolos en la sedicente defensa de los principios de su religión. Principios tan voluntaria o involuntariamente ignorados por ellos que los involucraron cínicamente con las peores formas politiqueras o administrativas de sus privilegios de clase.

Constantemente, durante años, vine intentando, con mi pluma, por la palabra, romper esa monstruosa insensibilidad religiosa española que había encontrado su caparazón protector en la apariencia y tramoya de una Iglesia que ofrecía, al amparo de la descomposición del Estado, su propia estructura administrativa como caparazón en que ampararla, a su vez, en mutuo auxilio, inmoral convivencia, entrelazándola en su corrupción misma.

Es verdad que, mientras muchos sacerdotes malvivían miserablemente en todos los pueblos de España, sus opulentos Obisposados se enriquecían ostentadamente, con verdadero escándalo público. Y de estas riquezas acumuladas, se han descubierto ahora no pocas muestras os-



tensibles, a veces de millones de pesetas. Es también verdad que algunos de aquellos sacerdotes que, disciplinados y humildes, sin protesta, pero con razón, quisieron tan sólo cumplir con su deber evangélico, contrariando, en parte, aquellas prácticas de sus superiores, fueron atrozmente perseguidos por éstos. De Madrid, de Córdoba, de Barcelona..., sé de algunos que pudieran contárselo.

Pero hay más. Los partidos políticos de derechas, con su prensa, para ellos o por ellos autorizada (por ejemplo «El Debate»), mantuvieron siempre el equívoco de que tales partidos eran católicos; de que tal nombre les correspondía como propia definición exclusiva y, por lo tanto, excluyente. Y aquella política por ellos ejercida, como su propaganda, en la prensa correspondiente se decía por ellos católica y sólo católica, sin que valieran contra ello nuestras débiles voces, que apenas podían llegar hasta el pueblo para desmentirlos. Y todos aquellos intereses injustos, tantas dolorosas negaciones del pueblo, tanta persecución cruel por hambre que, al cabo, las represiones bárbaras desde el poder hacían carcelarias o sangrientas, llegaban hasta el pueblo que las padecía en su propia carne, en su propio cuerpo, con el nombre de catolicismo, bajo tal epígrafe irrisorio. Y este pueblo, injustamente perseguido en sus aspiraciones más justas, veía a los religiosos y sacerdotes de Cristo, sus jerarcas, en sus altos puestos, volviéndole la espalda, compartir la política y vida regalada de los ricos, prestándoles su apoyo enmascarador para todos sus abusos peores, abusos llevados muchas veces hasta la profanación y hasta el crimen.

Esta es la verdad que se escamotea, Monsieur Gay, en las páginas de su folleto; y las consecuencias de esta verdad son las que trata de ofrecernos aisladas, separadas de tales raíces. Yo que no las exculpo, que las rechazo con tanto dolor o más que el suyo, porque las he tenido más cerca, con tanta o mayor repugnancia, considero de mi deber, para evitar su continuación, declarar sus causas. Que, como decía Santa Catalina, son estas las verdades que conviene decir a gritos. La tortura que por el fuego expresaron nuestras iglesias, puso estos gritos en el cielo. Clamaba al cielo expresamente esa inmensa llama purificadora, Monsieur Gay, efectivamente, como testimonio providencial acaso de un divino designio. Le recordaré que un joven inteligente, virtuoso sa-



cerdote español, con quien yo hablaba pocos días después del incendio de la iglesia de San Luis en Madrid, al que yo explicaba mi supuesto de que los incendiarios fuesen, actuando de agentes provocadores, unos pocos jóvenes fascistas, me decía: «No insista usted en averiguarlo y créame: ha sido la mano de Dios». En mi carta a Mounnier, a quien antes me refería, le digo esto y algo más sobre aquella famosa iglesia, como tantas otras españolas, paganizada por su culto idólatra, supersticioso y por su explotación comercial correspondiente.

*La fuerza lastimosa.* Que diría nuestro auténtico poeta católico, el popular Lope, *la fuerza lastimosa* de estas iglesias incendiadas pone signos interrogantes en nuestro cielo, de inquietud mucho más grave y honda que la que puede deducirse políticamente de su atentado al orden público. Más, ¿qué duda cabe que un fuerte Gobierno en un régimen liberal, democrático, debía impedirlo? Por razón, sobre todo, de su propia imparcialidad, esto es, de su natural indiferencia religiosa. ¿Olvida usted, Monsieur Gay, cuál era entonces la situación efectiva de aquel Gobierno? Al Gobierno del Frente Popular se le minaban por las derechas españolas todos los resortes del mando. Incluso el de la policía. Guardia civil y policía conspiraban con ellas. Los Gobernadores provinciales habían desertado sus puestos. El ejército ultimaba los preparativos de la traición, situándose pasivamente a la espera del momento de sublevarse. Todas las clases patronales iniciaban una sistemática provocación de huelgas para debilitar al Gobierno. Los pistoleros de Falange Española, pagados por conocidos aristócratas, encubiertos por una parte de los elementos policíacos del Estado, comenzaban una serie de atentados personales contra figuras políticas e intelectuales de izquierda y contra militares de indudable lealtad al régimen. Esta es otra verdad que olvida Monsieur Gay en sus reproches al Gobierno, y aún Gobiernos sucesivos del régimen. Todo ello, debe recordarlo, sucedía en menos de seis meses. Había que improvisarlo todo. Más aun, en estas condiciones hubo que improvisar también la defensa armada del régimen mismo; hubo que improvisar la réplica a la guerra, nuestra guerra; defensa legítima del pueblo; de su libertad; de su independencia; defensa de la democracia.

Y había de ser todo esto que le digo incierto, y aun sería lo mismo



para acusar la actitud, la conducta de la mayoría de los católicos, religiosos, sacerdotes y, sobre todo, la de máxima responsabilidad de sus dirigentes. ¿Es que necesita probarse, Monsieur Gay, que el Arzobispo de Toledo, Cardenal Gomá; el Obispo de Madrid, Eijo; el de Córdoba, el de Sevilla, el de Barcelona, el de Mallorca, estuvieron, desde el primer momento, al lado de los sediciosos? ¿Pues qué, no ha sucedido esto ante nuestros ojos? ¿Por qué solamente de paso, y en segundo plano, alude a esas fotografías vistas por usted mismo, en las que aparecen los Obispos citados, o alguno de ellos, presidiendo el desfile de aquellas tropas del Tercio y de los moros, y hasta bendiciendo sus banderas y aparatos de muerte? Pues alguien que merece todo mi crédito vió al de Mallorca bendecir, a las puertas de la Catedral, con la custodia en que llevaba al S. S., las tropas moras e italianas del cabecilla rebelde. Y esto se ha contado entre católicos fuera de España, sin escándalo, sin repugnancia, sin protesta. Algo de eso debió presenciar mi inolvidable amigo el maestro Falla, si, como se dicé, estando allá en Mallorca, se ha vuelto loco.

Pues yo le digo, Monsieur Gay, que prefiero que en algún tiempo no haya culto público religioso alguno en mi país, que no el que éste se profane en tales extremos sacrílegos; que a eso lleguen los Obispos facciosos, traicionando su fe como su patria; hasta bendecir las máquinas de guerra, las terribles armas de muerte con que se asesina a nuestro pueblo. A nuestro pueblo, Monsieur Gay; que esos a quienes llaman ustedes *los rojos* son nuestros pueblos españoles, con sus jóvenes y sus ancianos, sus mujeres, sus niños. Son el pueblo vivo de España.

Con los agresores de ese pueblo, pretextándolo por la tópica estupidez del anti-marxismo, que ni ellos saben lo que es, ni mucho menos lo sabe Dios; sancionándolos con su presencia y aun, ¡Dios les valga!, con su bendición más solemne, se pusieron los Obispos y sacerdotes que digo. Ellos mismos, orgullosamente, lo afirman. ¿No es esa verdad mucho más espantosa, Monsieur Gay, para una conciencia cristiana que las víctimas de una persecución injusta; que aquellos sacerdotes inocentes que pudieron morir gloriosamente, si lo hicieron en nombre de Cristo, mártires de su fe; cuya sangre vertida de ese modo si de veras lo fué de ese modo, por Cristo y no por España, por ninguna España de abajo



ni de arriba, siempre sería para nosotros, creyentes, un vivo, alegre testimonio de nuestras esperanzas?

En esa sangre, en esas llamas se dibuja para el creyente la luminosa imagen invisible de la Iglesia de Cristo. Sería agravio y no lisonja a su claridad, como dirían nuestros clásicos poetas españoles populares, quererle poner con nuestra crítica humana, con nuestro juicio, visibles márgenes de sombra. Sombra de humo que se desvanece en el cielo.

Contra todas esas verdades turbias, parcialmente entrevistadas en su folleto, pongo yo una sola verdad clarísima: la del pueblo español agredido bárbaramente. La de centenares de niños, ancianos y mujeres, víctimas inocentes de una guerra *que sólo han querido, provocado y mantenido esos sublevados traidores*, criminales militares rebeldes. Esa es la sangre, Monsieur Gay, que clama al cielo con la pura voz popular de su grito inocente, que es la voz de Dios mismo. Y piense un momento, Monsieur Gay, que esa sangre ha sido vertida con toda la espantosa crueldad de los aparatos de guerra, por aquellos mismos que los pusieron bajo la bendición de sus sacerdotes malditos.

Ese falso catolicismo nacional, patrimonio de ricos, monopolio capitalista, es una corrupción visible de la verdadera Iglesia cristiana que traiciona, demoníaca, en el tiempo. Es peor que una mentira mortal; porque es una impostura que enmascara la verdad doblemente cuando con una mano entrega dinero para comprar armas al odio y con otra las bendice.

Las cenizas, los esqueletos quemados de algunas iglesias españolas—iglesias que no son la Iglesia—llaman al corazón cristiano, Monsieur Gay, con un mensaje doloroso y terrible, mucho más hondo, verdadero y vivo, que el que de las páginas polémicas de su folleto pudiera deducirse.

Yo quisiera, y le agradecería, Mme. Malaterre, que esta impresión que con esta carta le envío de mi lectura del folleto que me encomendó, la hiciese llegar a su autor y a todos los católicos de Francia. A su juicio dejo el intepretarla. Al de Dios, el que la sancione. Que, como se lee en nuestro teológico poeta popular español clásico, *sólo es juez fuerte Dios en la muerte*.

Afectuosamente le saluda,

JOSE BERGAMIN.







## LA MUERTE DE UNAMUNO

Miguel de Unamuno ha muerto aislado, en su casa de Salamanca. Ha muerto en la tarde de ese primer día del año 1937, que el pueblo español designa con el nombre de «El año de la Victoria».

La muerte de Unamuno, como los rumores atroces alrededor de otros nombres, traducen al campo de la intelectualidad española la pavorosa tragedia popular de una nación conmovida hasta sus cimientos. Unamuno, a quien todos hemos amado y combatido, muere como era fatal que muriese, en flagrante contradicción con todos y con todo.

Miguel de Unamuno no tenía un desemboque *real*. Su fuego no era, quizá, de este tiempo; pero era fuego, y, como tal, era vida. El, como nadie, se habrá llevado a la tumba el frío de una España triste, paseada por mercenarios.







# POEMAS DE LA GUERRA

MADRID, FRENTE DE LUCHA

Tarde negra, lluvia y fango,  
tranvías y milicianos.  
Por la calzada, un embrollo  
de carritos sin caballos,  
o jumentos con el mísero  
ajuar de los aldeanos.  
Caras sin color que emigran  
de los campos toledanos;  
niños, viejos,  
mujeres que fueron algo,  
que fueron la flor del pueblo  
y hoy son la flor del harapo.  
Nadie habla. Todos van,  
todos vamos  
a la guerra, o por la guerra,  
en volandas, o rodando  
a millares, como hojas  
en el otoño dorado.



Pasan camiones de guerra  
y filas de milicianos  
entre zonas de silencio,  
lluvia y fango.  
Pasan banderines rojos  
delirantes, desflecados,  
como nuncios de victoria  
en las proas de los autos  
mientras las mujeres hacen  
«colas» por leche, garbanzos,  
carbón, lentejas y pan.  
Los suelos están sembrados  
de cristales y las casas  
ya no tienen ojos claros  
sino cavernas heladas,  
huecos trágicos.  
Hay rieles del tranvía  
como cuernos levantados,  
hay calles acordonadas  
donde el humo hace penachos,  
y hay barricadas de piedra  
donde antes nos sentábamos  
a mirar el cielo terso  
de este Madrid confiado  
abierto a todas las brisas  
y sentimientos humanos.  
Confundido, como pez  
en globo de agua, deshago  
mis pisadas por las calles.  
Subo, bajo,  
visito las estaciones



del Metro. Allí, como sacos,  
duermen familias sin casas.  
Huele a establo;  
se respira malamente.  
Subo, salgo.  
Vuelvo a la tarde nublada.  
Me siento como encerrado  
en un Madrid hecho isla,  
solo, en un cielo de asfalto,  
por donde cruzan los cuervos  
que buscan niños y ancianos.  
Tarde negra; lluvia, lluvia,  
tranvías y milicianos.

## REVELACIÓN

Roto el encanto de la paz  
vino la locura, primero;  
pero luego la guerra tenaz,  
que te llevó en su pico de acero.  
Supiste, entonces, lo que nunca  
hubieras visto ni soñado:  
que si la guerra todo lo trunca  
nos revela el solar amado.  
Antes estabas como en Babia,  
creyéndote ciudadano del mundo;  
mas ahora aprendes, con rabia,  
a querer lo tuyo profundo:  
lo que te rodea y te sostiene,



lo que te alegra y te mantiene,  
lo que te impulsa y te previene,  
lo que te capta o te retiene.  
Somos de esto y nada más.  
Y esto, de que somos cautivos,  
es lo mejor, y es, además,  
nuestro destino.

### DESCANSO DE UN MILICIANO

Este lobezno que roe su pan,  
¿en qué pensará?  
Mientras los pájaros enemigos  
duchan con bombas la ciudad,  
este lobezno roe su pan  
sin una sonrisa ni un ademán.  
Sentado en la broza, ¿pensará,  
por un acaso, en la que allá  
quedóse mirándole marchar?  
O, ¿acaso piensa en que le ronda  
la muerte sin pestañear?

Este lobezno que roe su pan  
nos enseña a todos serenidad.

### FRENTE

Esto es el frente; aquí no hay  
el menor asomo de juego.  
Ya no valen literaturas.



Esto es el frente, duro y seco.  
Es la bala y el cuerpo humano,  
es la tierra y el pájaro avieso,  
es la cabeza y es la mano,  
y es el corazón contra el hierro.  
Es subir y bajar cañones  
por lomas atónitas de miedo.  
Es aguantar cuchillos y cascos  
sin moverse del parapeto;  
es acompañar a los tanques  
monstruosos en sus sondeos;  
es no beber y no comer  
y no dormir un día entero;  
es salir con la frente alta,  
o en la lona del camillero.

JOSÉ MORENO VILLA.



# POEMAS

## DE LA

# REVOLUCION

A UNA CASA DE CAMPO  
(ELEGÍA)

¡Oh tú, casa deshabitada  
en el solemne verano de nuestro silencio!  
¿No adviertes que el solaz ha quebrado sus alas,  
y tus verbenas orlan inútilmente  
las cintas verdes que nadie recorre?  
Tu follaje ha crecido a su tiempo,  
y la ligereza de las doradas mariposas,  
el zureo de los palomos  
y la ardiente cigarra del olivo,  
dan el espacio frágil  
donde la vida como otros años transcurre.  
Ya penderán los racimos de tus traviesas  
acumulando en sus granos un leve iris de polvo.  
Ya tiempo hará que tus vibrantes chopos  
la voz del agua entretienen en sus hojuelas  
sobre la amarillenta calina,



y la soledad estará sentada en tu balcón agreste  
viendo a las cabras de cuello gentil  
ramonear las hierbas inmortales  
en los débiles cerros.  
Porque no habremos llegado como siempre  
a tu venturoso solsticio,  
ni los perros del huerto  
nos recibirán saltando bajo los perfumados nogales.  
¡Ay casa de las viñas colgantes desde los bancalillos,  
rumorosa de fuentes,  
casa guardada en estuche de yedras!  
Cuando el trepidante camión resonó en tus cercos,  
y viste bajar a los desaliñados jóvenes  
que entre los rayos de sol estival,  
parecían los exterminadores de tu siesta fantástica  
surgidos al conjuro de un huracán interno.  
El tiempo que fluía superfluamente  
como en el desarrollo de una flor,  
¿ha podido barrenarse sin estrépito  
y una sima intransitable separarnos desde hace breves horas?  
¡Oh desgarradura que ni se oye ni se ve!  
¿Sobre qué cataclismos  
y en qué frágiles andas navegaba la vida,  
si las ineptas carabinas de esos muchachos  
han disipado como el humo  
un palpitante juego?  
No más, imposible morada de la sierra,  
que si en los días venideros repentina me asaltas  
y mi sombra sobre los frescos hongos  
vaga en su sien prendida una umbela silvestre,



y en los oídos petrificados de las ninfas  
deja un susurro de cuerpo de árbol,  
un fugaz estremecimiento de intruso,  
el mundo no detendrá por ello su destino inaplazable  
cuando los pies del hombre se han llenado de tierra nueva  
y trasladan su corazón sin nostalgia  
allí donde tú, casa deshabitada,  
no eres nadie.

## DESPEDIDA DE UN AÑO

(1936)

Dentro de breves horas  
habrás partido para siempre,  
como un barco fantasma que se aleja  
hacia el confín sin árboles  
donde la tierra pierde sus dominios.  
Soltarás las amarras  
sacudido por una tempestad imprevista,  
y lanzando un silencio ensordecedor  
irás a buscar esa teoría del tiempo  
que aclamará tu llegada inmortal,  
con los ojos impávidos  
por el horror de tu vida reciente.  
Eres aún el halo que se escapa de nuestras bocas,  
el impalpable curador de las heridas.  
Unas horas tan sólo y no serás  
este delgado aire que evapora los ríos,



el día venidero que asiste a las penosas realidades  
tendido en muelles huertos,  
ni tu nombre designará  
a la inmensa muchedumbre que se agita  
por un suelo encrespado.  
¡Oh tiempo, pronto a despeñarse sobre el abismo!  
Tus colmadas bodegas de sangre,  
las víctimas inmoladas en tu seno,  
las hecatombes que ahogan tu garganta  
con un crudo espesor de humo negro,  
dejan de ser la vida encarnizada,  
pasan a ser los hechos,  
y un sutil resplandor los alumbra  
cuando tus pies ligeros  
dan el postrero paso decisivo  
al final de los montes.  
Loor a ti, demoledor insensible,  
por cuyas jornadas turbulentas  
la intensa melancolía coronada de adormideras  
huye gimiendo al son de las ruinas.  
Loor a ti, que has sabido dejar como libre  
el parado corazón de los hombres,  
Tu definitiva noche se cierne sobre la tierra,  
y los luchadores en las frías avanzadas  
por segunda vez te piensan  
como un ser mágico que ahora se desvanece  
arrancando de la realidad  
una última vagoneta de cadáveres.  
Loor a ti, sin embargo,  
que, con espada de fuego y pecho de piedra,



asistirás en el umbral  
a esta era en que mi país  
inicia su esperanza de continuidad  
sobre sus campos abandonados,  
sobre sus ciudades deshechas.

JUAN GIL-ALBERT.

Noche, diciembre, 1936.



# TESTIMONIOS

## *PRESAGIOS DE ENTONCES*

La guerra desencadenada en España, la furia, y con ella el porvenir que ahora se anuncia, es un suceso profundamente real, transformado inmediatamente en misterioso, si advertimos que este acontecimiento es como un fantasma llegado a la cita oportunamente.

Nada podíamos prever, y, sin embargo, estos días nuevos en que el pasado queda muy lejos, días que aun no podemos vivir con plenitud, estos días abiertos al mañana, en que parecemos acabados de nacer, y aun más, estos días que ya muy cerca presentimos, los esperábamos. Sí; el suceso que ha venido a salvarnos, lo esperábamos. No quiero decir que esta gran conmoción, de la cual sin duda ha de salir una España distinta y mejor, fiel a sí misma, haya surgido exclusivamente para los intelectuales, para que los intelectuales encuentren una respuesta a sus preguntas. El gran suceso de España es sin duda más profundo y tiene vuelo y horizonte propios. Pero es que la angustia de los intelectuales, la llamada «crisis» del pensamiento, estaba ligada al hambre y a la opresión de los trabajadores y reconocía, en el fondo, la misma causa. Cuando se llegó a un punto sin salida en el terreno político y social, el pensamiento se debatía desesperado. Cuando llegue la salvación para el pueblo, el pensamiento y la fe estarán también liberados. Y ahora que es el momento del combate sentimos que es también nuestro momento decisivo.

Surgió la rebelión. La chispa vino de fuera, no salió de nosotros. Era la voz del odio, la explosión inevitable. Vino de fuera, y por eso quizá pudimos creer que había llegado un fantasma. Y entre fantasmas, sin peso de realidad, sin poder considerar aún la inmensa realidad, vivimos todavía.

Ultimamente era muy difícil pensar para aquel que vivía al filo de los acontecimientos. Pero hoy nos sorprendemos, así y todo, de los pensamientos de entonces. Todas las visiones, todo cuanto veíamos, se encaminaba a un cambio, a un empuje superior esperado.



Veamos, si no, estos recuerdos, estos presagios, diríamos, que despiertan en mí mismo el sentir aquel, la vida inquieta, y ese mundo nuestro lejano de hace sólo unos meses.

### EL SURREALISMO DE MAX ERNST

Creo que fué una tarde de primavera, el año pasado, poco antes de que estallase la guerra civil, cuando me decidí a visitar los cuadros de Max Ernst instalados en el local de exposiciones de la Biblioteca Nacional. Había una luz de palomas en el claro cielo y en la piedra, y un murmullo de paz o arrullo en los árboles de verdor pensativo. Caminábamos dejando atrás, cerca del oído, y a nuestro lado, siempre inaprehensible y último, ese pasmo limpio que ofrecen las cosas ciertas algún día. Me resistía como un colegial a penetrar en el local de la cultura presa y monótona. Pero me decidí, al fin, y entré. Comprendí en seguida que estaría pocos minutos frente a esos cuadros silenciosos y minúsculos.

Apenas empecé a observar alguno, sentí que interiormente me agitaba de un modo extraño y que alguien daba gritos dentro de mí. Quise pasar, pero los cuadros me interesaban, o más bien, los cuadros, esas composiciones de dibujos anacrónicos, recortes de historias, modas o expresiones de un mundo ya pasado, me producían grande impresión, y, a pesar de ello, quería pasar. Poco sabía de Max Ernst, poco sabía de los surrealistas, y, sin embargo, todo aquello lo sabía; sabía lo que es el silencio impuesto y moderado que llama al grito, y la etiqueta con su revés de lujuria, y la altanería de ribete grotesco, y la decisión súbita con cola de pichón y asombro o erotismo en los rincones. El surrealismo es eso: la patada en la calma, el deseo inoportuno, la transformación sorprendente. Todo lo que se desboca, lo que escapa, lo irracional, lo que está más allá de la previsión lógica: lo ilógico, en suma. El surrealismo rompe las cadenas de la mentira y hace ostentoso el hastío. Ahora bien; el surrealismo había pasado de moda. ¿Cómo era eso posible? Subsistían las circunstancias, siempre habría un más allá de protesta y arbitrariedad... Sin embargo todo aquello era viejo, era una moda pasada.

La moda es la conformidad a coro, la novedad que sacia, que llena la ambición latente y última, aun inexpressada. Con la moda, todos, sin estarlo, están conformes. Pero la moda pasa, y quedan los vestidos muertos, en museo, juntos con el aire y el gesto, con lo último, con el «último grito» de entonces, grito en silencio de las estampas. La última



moda consistió en recoger los gritos pasados. Pero también esta moda pasó ya. ¿Qué nos queda ahora? No nos queda nada, sólo, si acaso, empezar de nuevo. El surrealismo, la sobre-moda, la moda excesiva no se concibe pasada, porque si ella acaba no acabamos nosotros, y si él pasa, nosotros lo traspasamos. Del surrealismo se va otra vez a los surrealistas, lo volvemos todo del revés, incluso los cuadros, para poder continuar. Aquello acababa, pero yo no. Quise ser más surrealista que Max Ernst, y lo vi en un cuadro, o allí a cuatro patas, en forma de bedel, con plumas de colores y sonrisa de marquesa.

¿Dónde acaba esto? ¿Dónde empieza la paz? Esta es la voz: empezar de nuevo. Y así hicieron muchos surrealistas. Y entre ellos los mejores. Los surrealistas, en un último salto, se hicieron comunistas, y están ya tranquilos. Para ser más, fueron menos; para estar más allá se quedaron acá, muy serios y laboriosos. Y los otros se quedaron en viajeros del surrealismo. Como Bretón en Canarias; como otro, a quien yo conocí en Madrid, tímido, con amabilidad de hortera o pobre hombre.

El surrealismo fué la última actitud señorial del escritor, del artista separado de su público. Primero, el artista estuvo «dentro», estuvo con los hombres, como los hombres, y soñó con ellos como Homero; a Cervantes o a Shakespeare los vemos ya distantes y enigmáticos en su sencillez, en su naturalidad de vida; Baudelaire o Rimbaud se distinguen mucho de los otros hombres; son dolor y amor, y lo saben. El humorismo inglés en Wilde o Shaw es la penúltima actitud de distancia que pide unión, de elegancia. Pero los surrealistas son los últimos grandes señores del arte y de la vida, y, agotados ya todos los recursos, dan gritos, voces o coces, fingiendo calma o abstracción. Hay que saber su gesto o sus ocultas lágrimas para comprenderlos bien, y comprender sus íntimos deseos de salvación.

Deliran. Su característica, aparte de la definición académica o de los manifiestos: el mundo de los sueños, la simultaneidad, la asociación de ideas, es ser siempre últimos; por eso, tras la tormenta, han sabido incorporarse al orden. Ahora bien; ¿no se escaparán luego del orden en una nueva pirueta? ¿No se volverán otra vez surrealistas? O, dicho de otro modo, ese orden, en el cual, voluntariamente, algunos han quedado encerrados, ¿es suficientemente sólido para sujetarlos? Yo tenía mis dudas, y ciertas páginas de arrepentimiento me parecieron siempre algo «surrealista» de lo cual debíamos desconfiar.

Algo pasaba sin duda, algo pasó. Crevél, el ex surrealista, luego comunista, se suicidó en vísperas de celebrarse el Congreso de los escri-



tores, en París, en junio de 1935. Sólo pregunto los caminos por los cuales *auténticamente* esos escritores encontraron su salida. Cómo vieron su salvación unida a la esperanza del mundo que forjan los trabajadores. Y si en esa esperanza se sostienen.

Porque entonces, antes de julio de 1936, se nos planteaba a nosotros, los que *sabíamos* el surrealismo, pero no podíamos ser surrealistas, un grave problema: ¿Qué actitud tomar no queriendo ser frívolos ni mentirosos ni dar un salto en el aire? No podíamos, decididamente, entrar en el ámbito de los surrealistas convertidos, porque no habíamos pasado su tormenta, aunque a ello, a la integración en un orden, irremisiblemente tendíamos todos. No podíamos estar dentro, y no queríamos estar fuera. Algo debía pasar, algo debía venir a decirnos, a ponernos en marcha. Y a dar solidez en su postura a aquellos que para nosotros estaban sólo sostenidos en vilo. Algo tenía que pasar. Y algo profundo, inmenso, ha pasado.

#### DOS POETAS

Dos poetas hablan otra vez, dando vueltas al dolor, aferrados a la única certeza, persiguiendo siempre a la huidiza, a la frágil esperanza.

*Es dar vueltas a mi indecible mal  
saber que siempre lo he de hallar del otro lado.*

Bien. No le demos, pues, más vueltas. Dejemos la cuestión. Sí, «estoy cansado del estar cansado», como dijo un excelente poeta de nuestro tiempo. Y, ¿qué hacer? No hacer nada. Sin embargo, el secreto está en hacer algo y en decidirse. Pero yo no me decido ni lo pienso ya, sólo olvido, y cuando recuerdo caigo en lo mismo otra vez.

—Y, ¿por qué no escribes?, me dijo mi amigo algo malhumorado—. ¿Escribir?—Ya lo hice, ya lo dije todo: «Yo soy la esperanza y soy la muerte»; ahí acaba mi libro inédito, y ahí acabo yo. ¿Para qué más? Sólo puedo, si quieres, repetirlo otra vez. Yo te admiro, le dije al cabo de un rato; sabes lo que yo, y vives más ligero; pareces estar fuera. Tienes la manía de afirmar, como yo la de negar. Pero tú y yo hacemos uno entero. Si tú callases y cesasen tus réplicas a mis oscuras voces, y tus gritos de afirmación, sería todo muy aburrido, pues tendría yo que hacer tu papel. Y los dos nos reímos de la ocurrencia.

¿Ves este pueblo escondido? Es Yeste, con su histórico castillo, sus casas dormidas al pie, sus bosquecillos y su río cantarín allá.—Sí, me replicó, y con sus guardias civiles que dan palizas si se cortan los



pinos.—Es cierto, dije; por encima de la calma, por encima del paisaje distinto, sólo esta huella bárbara y humillante, este «paisaje español», que son los tricornos, es siempre lo mismo. Iguales los caciques que los sostienen, e iguales sus hijas hermosas y lamentables.

Pero bien, como te decía, ¿ves este pueblo escondido? Fíjate qué ensimismado está. Llegar a él es atravesar murallas de kilómetros y echar toneladas de olvido y de distancia, nubes de humo sobre él. Llegamos aquí y estamos aquí presos, dentro, en el interior de un recinto asfixiante, pese a la frescura del cielo. Y luego salimos al fin, vamos desandando kilómetros. Cada paso es un kilómetro menos de profundidad, y así hasta que salimos a la vida libre, en la que nos movemos fácilmente, hasta que llegamos al medio que nos es habitual. Y llegamos sin nubes. Pues así he de salir yo, mi buen amigo; así he de salir un día de mí mismo, totalmente, y respirar contento; así he de ser, le dije entusiasmado, cuando esté en *mi* mundo, en el mundo que espero, que esperamos. Y al decir esto parecía que ya, en efecto, se había operado en mí la transformación mágica.

#### LOS SUCESOS DE YESTE

Nos encontrábamos en Yeste cuando los sucesos que, semanas antes de que estallase la guerra, fueron como una llamada de clarín a la lucha inevitable. Recorriendo los pueblos, muchas veces nos habíamos asombrado de ese fuego contenido, de aquel ansia y terrible actitud, como en espera, de los campesinos. Pero en Yeste, pueblo arruinado, víctima del caciquismo, vimos a las masas hervir de anhelo y de impaciencia. Parecía imposible que aquellos hombres, ávidos de todo, hambrientos y miserables, fuesen cada día a escuchar con atención grave y profunda nuestras charlas culturales.

Una noche percibimos algo extraño en las gentes. A la mañana siguiente los comercios aparecían cerrados; grupos de mujeres llenaban las calles, mientras algunos hombres y muchachos corrían inquietos por las lomas que rodean el pueblo. La guardia civil traía unos presos que, después de apaleados, iban a ser encerrados en Yeste. El pueblo se disponía a impedir que los llevasen allí, como prueba de solidaridad con aquellos desgraciados. Salimos a poca distancia, e inmediatamente empezaron a oírse las descargas. Pronto sonaron los disparos más cerca. Las mujeres corrían enloquecidas dando gritos y llorando. La guardia civil venía tirando contra toda persona que encontraba en el camino.



La gente entonces, llena de pavor, impotencia y rabia, se encerró en sus casas. Durante todo el día se escucharon detonaciones. Un aire de luto y crimen llenaba las calles vacías. Las noticias helaban la sangre: ¡veinte muertos!, ¡sesenta heridos!

En aquel encierro de la fonda en donde nos hospedábamos nos acompañaba una familia burguesa y otras personas refugiadas allí. Las señoras lamentaban con fingido horror tanta desgracia, pero sus lágrimas eran exclusivamente para el solo guardia muerto. El juez de la localidad se sentía abrumado, y otros caballeros discutían mientras con animación lo sucedido; las niñas coqueteaban, quejándose de que se les hubiese estropeado el paseo. Un odioso jovencito contaba cómo él mismo vió asesinar a un obrero, el «rojo», que había gritado: ¡no me mates!; pero el guardia, ¡pum!, y repetía esta narración entusiasmado, como si fuera un chiste. Mirándole comprendí lo que debe ser un crimen feroz, un crimen de venganza.

Sentí vergüenza de encontrarme entre esa gente, entre estos asesinos, más o menos conscientes, sonrientes o llorones.

El cacique, que quería justificar el crimen, dijo varias veces, refiriéndose a la República, a la cual culpaba de todos los males, que «esto iba a durar poco», y comprendí entonces que algo grave tendría, en efecto, al fin que suceder. Lo ocurrido en Yeste era una demostración de que las fuerzas reaccionarias españolas no se resignaban a su fracaso, y que esperaban impacientes la sangrienta revancha. Presencí también una reunión de «honorables», por la cual entendí que se disponían a echar tierra sobre estos asesinatos cometidos entre las masas hambrientas de Yeste.

Al día siguiente nos dispusimos a partir, lo cual logramos, no sin ciertas dificultades, pues nos habíamos granjeado la enemistad de los poderosos, antes en la sombra y ahora, por la fuerza bruta, ensoberbecidos. Hablé con un obrero al que vi hierático, vestido de luto, presenciando el traslado de presos; me acerqué a él, y éste me dijo algunas palabras que indicaban su propósito de venganza.

Luego se acercó a nosotros un muchacho, con el cual ya habíamos hablado. El me contó lo sucedido, pues había estado allí, y milagrosamente pudo escapar; ni por un momento se le ocurrió pensar que sus palabras, que le comprometían enormemente, podían costarle la vida. Pero era un muchacho fiel y recordaba nuestras conversaciones de antes. Era un ser extraordinario, sencillo, encendido. Contaba lo sucedido sin pedantería y casi sin huella de drama. Había estado allí; él no quería se-



pararse de los civiles, pues sabía que dispararían ; al fin lucharon ; luego hicieron fuego persiguiendo a la gente, matándola por la espalda, y allí donde encontraban a cualquier fugitivo. Y todo esto lo contaba con serenidad, sin odio. Pero se comprendía bien que volvería a estar en el lugar donde se sintiese reclamado en la primera ocasión que se presentase. Y moriría con la misma clara mirada, con el mismo interior fuego que vivía.

Nos despedimos de él y de otros compañeros suyos con emoción. Al arrancar el coche nos saludamos con el puño en alto, con un ademán que yo entonces sentí como un verdadero símbolo de solidaridad y de amor.

Poco tiempo después llegó la gran catástrofe que hoy ensangrienta a España, y el recuerdo de aquel suceso se ha perdido ya entre tantos sucesos gigantescos. Pero yo he recordado muchas veces a aquellos campesinos, y a otros con los cuales sentimos alguna vez la firmeza de un dolor o de una esperanza compartida.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO

## COMENTARIO POLITICO

### *DEPENDENCIA Y QUEHACER INTERNACIONAL*

La sublevación militar ha venido a descubrir a los españoles un mediterráneo : la activa existencia de la vida internacional. El ciudadano de España, ilusionado o enrabado en la contienda política, no tenía en cuenta, ni siquiera por vía de ejemplo, el acontecer político de otros países. Alguna vez se levantaba una voz admonitoria y cándida que pretendía escarmentar a los españoles en cabeza ajena ; pero la admonición se perdía, anegada por la confianza en la genialidad hispana, y lo cándido se trocaba en aburrido.



Recluida España más acá de los Pirineos, quejosa de Marruecos, burlona de Portugal, trascordada de América y despreocupada del Mediterráneo, ha podido vivir sin alarma ni ambición extrapeninsulares hasta que la guerra «civil» actual le ha puesto de manifiesto la malla, no de relaciones, sino, lo que es peor, de dependencias que, sin saberlo, la rodeaban, y ha podido ver que su desasimiento de lo internacional la abocaba a recibir trato de colonia.

El ingenuo estupor con que los españoles se informaron de que el Gobierno del Frente Popular francés se desinteresaba de la suerte que el Gobierno del Frente Popular español pudiera correr a manos de la rebelión armada, sólo es comparable a la incredulidad, dolorosamente superada después, con que, en los primeros momentos, acogieron el rumor de que el fascismo italiano y el nazismo alemán eran colaboradores, financieros y directores del atentado contra la patria española. Precisamente ésta, en las páginas optimistas de la Constitución de 1931, había incorporado a su derecho las normas del internacional, al mismo tiempo que exigía la ratificación por el Parlamento y la inscripción en la Sociedad de las Naciones de sus pactos y tratados internacionales. Es decir, había extremado, llevándola a términos de obsequiosidad, la deferencia para con la regulación jurídica de las relaciones entre los pueblos.

A la desocupación internacional que, durante la monarquía última, aquejara a España, substituyó la República una política dogmática, sobremanera ingenua e inoperante. Tan inoperante que ni siquiera se le vino a las mientes que pudiera ser bueno cambiar el modo y el instrumento de sus relaciones internacionales, ni el centro de su sistema, contenta de verse recibida entre las naciones como una apersonada democracia que podía mirar, con altivez y sin inquietud, a los regímenes tiránicos que pesaban sobre este o el otro país, y contar con la adhesión afectuosa de los que florecían por obra de la libertad. Bien es verdad que con tal ingenuidad gozosa fué conducida, y no sólo en lo internacional, toda la vida política republicana, excluyendo con este adjetivo, claro está, la vida pública impuesta al país por radicales y cedistas.

Mas he aquí al buen pueblo republicano, devoto de la paz, metido de cabeza en una guerra, que podemos seguir llamando civil porque las batallas continúan dándose en la península, buscando, y encontrándolos en demasía, apoyos jurídicos y morales en que estribar su indignación por el desenfado con que unas potencias fascistas, de acuerdo con el conservadurismo, deformemente sentimental y cruel, de las derechas españolas, tratan de organizar en colonia la vida del país.

A cuenta de la desasistencia que encontró el Gobierno legítimo en las democracias occidentales, que extremaron los miramientos para los rebeldes, se han quebrado no pocos afectos y se hacen aún melancólicos aspavientos. Bueno está lo primero, y no hay por qué enmendarlo; pero no estará de más substituir a lo segundo algo, que muy bien puede ser el sentido de lo real.

La República, en sus mejores momentos, no se ha alimentado sino de un modesto dogmatismo, servido, correlativamente, por un arbitrismo mesurado. La



cortedad de uno y otro no puede interpretarse como adaptación a la realidad. A la percepción de ésta no se ha llegado sino ahora, por obra de la guerra «civil». Ella ha puesto en claro la inanidad de la abúlica política republicana, por ventura no más que sobrepuesta al pueblo; ella ha descubierto con rudeza los valores universales de que éste es soporte, y los caedizos del casticismo ahistórico que contra ellos luchan.

España se ha sentido apresada por la actividad internacional, en buena parte a causa de su olvido de ella, a causa de su vivir sin propósito. En las brazadas de angustia que se ha visto obligada a dar ha encontrado no sólo momentánea salvación, sino incentivo para una tarea creadora y duradera. Antes del 17 de julio pocos eran los españoles, aún entre los que hacían oficio de políticos, que tuvieran una representación del vivir internacional. Hoy pocos serán los que no piensen en la participación y en el sufrimiento que en él toma España; en el abandono a que ésta habíase reducido. Las vicisitudes de la guerra descubren, cada día, a los españoles un aspecto de la bullente vida internacional, cruzada de escepticismo y cargada de duros intereses.

Ante la falta de apoyos exteriores, que hubieran sido utilísimos en la actual contienda, la República se ve en trance de levantar el andamiaje de un mundo nuevo de relaciones. Lo creará, si no desaprovecha la severa coyuntura que ahora se le ofrece, a medida que su voluntad, endurecida en la guerra e intencionada en la revolución, se proponga, con verdad, dar expresión a su ánima política.

La política es cosa de la práctica, dicen, desde Maquiavelo, quienes, con capacidad creadora, se han empleado en ella. Si, según es de esperar, la revolución, que está iniciada, impone, como todas las que se lograron, este sentido realista a nuestra política, habremos de asistir, al hilo de una renovación total de su sistema de valores, a una cancelación de los remilgos y candideces que han desustanciado nuestra conducta exterior. Reacuñado el concepto del Estado, cargado éste de propósito, y no de recuerdo, histórico, dotado de instituciones eficaces, podrá la República emplearse, con virtud creadora, en el quehacer internacional.

JOSE LOPEZ-REY Y ARROJO



# NOTAS

## CARTA DE UN PINTOR A UN CARTELISTA

...Sí, le prometo ser breve, y para ello sólo necesito que usted me entienda el lenguaje un poco... casero, con que quiero escribirle, porque ya sabe que a cambio de no ser siempre el más exacto y legal, es, sin duda alguna, el más expresivo.

Nuestra guerra civil tuvo y tiene a prueba todavía, no solamente al cartelista, sino al propio cartel. Y por eso, por no consistir ya tan sólo la cuestión en la calidad artística del cartel, sino por ser el cartel mismo quien se ha vuelto cuestión, es por lo que nos preocupa el problema tanto.

Desde hace varios meses asistimos a esa rápida aparición y desaparición de innumerables carteles de guerra. Sin embargo, nada hemos visto, o casi nada, es decir, nada. ¿Por qué? En España hay, había muy buenos pintores de carteles. Todos recordamos carteles magníficos de dibujantes vivos, actuales, jóvenes. Pero ahora, los mismos cartelistas, con la guerra y en la guerra, no han sabido acertar. No acertó nadie porque nadie supo entrever que ahora no se trataba ya de anunciar nada. Y eso es lo que han hecho los mejores: anuncios, puros anuncios. Pero, ¿qué es lo que se anunciaba? ¿Un batallón? Un batallón no es un específico ni un licor. Un batallón no puede anunciarse; la guerra no es una marca de automóvil. La misión del cartel dentro de la guerra no es anunciar, sino decir, decir cosas, cosas emocionadas, emocionadas más que emocionantes. Por eso hasta los mejores cartelistas se han equivocado ahora; se han equivocado porque nunca se les pidió más que eficacia, cálculo, inteligencia. hasta el punto de dejar que olvidasen aquello que, en cambio, tanto se pide al pintor, al músico, al poeta total, es decir, el alma, el sentir. De tanto perfeccionarse en la frialdad y en la sequedad, cuando los cartelistas necesitaron decir cosas, es más, decir cosas humanas, no les obedeció la voz. Se les había condenado siempre al silencio, se les tenía limitados a un silencio decorativo, a un silencio con adornos y buen gusto, se les negó siempre el ímpetu, el impulso, la expresión, es decir, se les tenía prohibida la intimidad, la personalidad más profunda. Por eso, ante un tema como la guerra es natural que se encontraran desconcertados. La guerra no era ya una marca sin interés para el cartelista, sino algo muy



próximo, algo que le rozaba en el cuerpo mismo, en la misma vida, en las ideas, algo que llamaba furiosamente a sus propios sentimientos de hombre. Los más inteligentes y honrados tuvieron que comprender que todo, absolutamente todo lo aprendido de nada les servía. El cartel de la guerra y en la guerra no puede estar hecho con fórmula y cálculo; por eso yo me atrevería a defender—y hasta aconsejar—un cartel que, necesitando aquí definirlo de algún modo para poder nombrarlo, tendré que decir cartel-pintura. No, no se alarme; me figuro su sobresalto al leer esas dos palabras enlazadas, pero no; ya comprenderá usted que no es un Ruano Llopis lo que yo defiendo, sino un cartel en donde lo emocional pueda tener todo su temblor. Y ese temblor ya usted mismo sabe que no habita en la tinta plana, ni en el odioso sombreado mecánico, ni en ninguno de los hábiles trucos de cartel, sino en la mano, en la mano desnuda, en el brazo verdadero. Nunca puede satisfacer el demasiado artificio; pero hay momentos terribles, momentos descarnados, trágicos, en que el artificio pierde ya totalmente sus derechos o su disculpa. El artífice no es de ningún modo el artista, como suelen creer algunos. Artista es lo contrario precisamente; el artista desnuda, aclara, hace más transparente la Historia, mientras el artífice cubre y esconde con adornos aquello que tratábamos de ver. Por eso el artífice hasta tiene gran mérito cuando vive dentro de un instante hueco, porque entonces se le agradece esa gracia en taponar el vacío.

No, no se precipite; le ruego que no vaya más allá de lo que está leyendo. Piensa usted que yo quiero hacer aquí una crítica del cartelista, pero se equivoca. Lo que critico, o sea, lo que lamento es ese mundo sumamente práctico y bruto que, escudándose en exigencias comerciales o industriales—aunque sospecho que no existen más exigencias que las de satisfacer un mal gusto propio de esas gentes—les ha llevado hacia esa perfección fría y parada que sufren ustedes. Pero el pueblo y la guerra merecen—y piden, sin ellos mismos saber que lo piden—otra manera de cartel. Si yo le escribo es porque me parece haber encontrado esa «manera», aunque esto no significa que disponga también de la fórmula para conseguir buena calidad artística, fórmula que todos ignoramos, entre otros muchos motivos, créame usted, porque no existe.

A usted quizá le parezca extraño que no deje esta carta para más tarde, cuando nuestro vivir tenga mayor paz. Y no, no debo dejarlo para entonces, porque todos tenemos la necesidad y la prisa de un cartel fuerte. Ha de salir dentro de la guerra, aquí y ahora. El gran cuadro, la gran novela, y hasta quizá el gran poema de todo esto surgirá después, mucho después, todos lo sabemos, pero no puede suceder así con el cartel—como tampoco con el romance, en el terreno poético—, ya que el cartel no tiene nunca un tono de elegía, sino de presente, de presente quemándose.

El cartel que yo pienso—dejando a un lado toda calidad y refiriéndome aquí únicamente a la manera de hacer—lo hubieran pintado, naturalmente, Goya en España, y Delacroix o Daumier en Francia. No, Solana ya no, porque Solana es



Goya, sí, pero Goya inmóvil. En cuanto a Goya mismo no tengo la menor duda, y ya dije en otra parte que «Los fusilamientos» no me parecían un cuadro, sino un genial cartelón.

También he pensado en el foto-montaje y en el cartel de letras solas, pero me parecen dos falsas soluciones, ya que eludir y esquivar un problema, para una conciencia verdadera, no es resolverlo. Cuando más, el foto-montaje—si está muy bien utilizado—creo que puede servir para nuestra propaganda en el extranjero, porque allí lo que necesitamos llevar son pruebas, testimonios. Dentro o fuera de España nuestro trabajo es muy distinto; allí lo que se necesita es convencer, o sea, vencer, derrostar a los que dudan, mientras que aquí lo que ha de lograrse es expresar, decir, levantar, encender aquello que habita ya de antemano en las gentes. Y esto sólo lo puede conseguir—o intentar—el arte libre, auténtico y espontáneo, sin trabas ni exigencias, sin preocupación de resultar práctico y eficaz, ya que el arte todo, no solamente nos sirve—eficaz y práctico—para comprender la Historia, sino el propio presente, puesto que todo, absolutamente todo lo que no es el arte mismo—el trabajo, el placer, la salud—, es, claro está, puro vivir, mientras que el arte es el resultado de la vida, es el resultado de ese vivir.

Y nada más. Dígame lo que piensa usted de mi hallazgo, y escríbame, aunque yo preferiría encontrar su contestación a mi carta en los muros mismos, en las paredes, que es donde está planteado el problema.

RAMON GAYA

## HUMANO TRANCE DE NUESTRA POESÍA

Fué preciso este suceso violento de la guerra civil para que los ojos del poeta se volvieran de nuevo a la vida. Ocurría en nuestra Poesía, inmediatamente anterior a la guerra civil, una vuelta a las formas—y al contenido—clásicas del verso. Era una poesía doliente de intimidades que, cada vez más, la extensión creciente del fenómeno social—sentido como extraño—reducía a la alcoba caliente del corazón en soledad y en hastío. Poesía de sola lectura personal, aunque el lector fuera innumerable. Pero toda la reducción poética valía una incompre-



sión de la vida. Faltaba darle a la vida todo aquello que amplía al ser en la esfera social del existir, del ser en el mundo, ahora y aquí. Faltábale a nuestra mercedada existencia, o mejor vida, la alegría común o el dolor múltiple que la acrecentase y la llenase de vida diversa y varia. Precisaba que el suceso venciese esta simple y aparente paradoja: que nuestra intimidad se acrecienta, como los ríos con lluvia, cuanto más social es nuestro existir. Cuanto más colectiva es nuestra existencia.

Les faltaba, en fin, a nuestros poetas la honda conmoción de la guerra civil para apercibirse de su destino social y colectivo. El viejo destino de la más antigua poesía. También a nuestros humanistas e intelectuales, para el sentimiento de una viva cultura humana. La cultura en vivo, unida a nuestra propia carne. Caliente de vida, sangre y huesos nuestros. Forzosamente el poeta, si lo es con plenitud, es un revolucionario (cómo nos viene en ayuda la significación creadora de su etimología). Nuestros mejores poetas se han vinculado en carne y hueso a nuestra lucha liberadora y creadora, porque su misma sensibilidad y cultura les ha obligado a sentir y a pensar socialmente, unidos humana y poéticamente a las fuerzas renovadoras. Y su cultura ha obrado decididamente como fuerza obrera.

Hay un dolor a nuestro lado en ese hombre, lejano sin embargo, que tira de un cochecillo llevando a un semejante. Hay una alegría cercana en esas gentes de limpio, que disfrutan un jardín que antes les estaba prohibido. Mucho y bien ha escrito André Gide sobre esta alegría y esta tristeza, colectiva e íntima.

Hay una poesía, la épica, que está renaciendo ahora de nuestro dolor y de nuestro heroísmo más próximos en sangre y en días. Pero quizá se produzca ahora en nuestra poesía la caída de la aprendida distinción, a veces sin sentido, de lo épico y lo lírico. En el mismo sentido en que nuestra existencia refleja ya, por desencadenada fuerza, el destino colectivo de su clase. En la medida misma en que nuestra obra, más que nunca personal por más acusada que nunca nuestra personalidad, con nuestra participación en el suceso violento de nuestra guerra, será también más que nunca social, por cuanto en ella habrá de aspiración y latido colectivos.

Por los caminos populares del Romance nuestros poetas han reivindicado su vieja función social, el viejo papel del poeta, el de Virgilio, escribiendo sus Eglogas y sus Geórgicas, contribuyendo a levantar el ánimo de su país, fatigado de tanta guerra civil. En la nueva ciudad el poeta recobrará su perdido prestigio.

Los hombres luchan ya sus batallas más decisivas. Muy pronto el hombre, el de nuestra guerra civil honda y trascendente, va a hallarse en condiciones sociales tales que le permitan comprender y compartir ampliamente esa magnífica interpretación de la vida a que se dió el nombre de humanismo. Estamos, pues, en trance de realizarnos humanamente, en lo que humanamente podamos, que no es poder poco. En ese aspecto, la parte más noble de nuestro país, que lucha



contra lo medieval, está realizando su más perfecto y cumplido renacimiento. Y el intelectual que defiende con las armas en la mano su derecho a la libertad, es nuestro tipo más perfecto de renacentista. Pues que humanismo no es idea, sino acción. Obrar, alegre obraje con gozo de artesanía. He aquí el más noble destino de nuestra Poesía, cuando el poeta ofrezca su poema con la alegría social con que un artesano del renacimiento presentaba su obra sencilla: una mesa o una silla.

Por los senderos populares del Romance nuestro Poeta se ha devuelto a la sociedad a que se debía. Dándose a la masa, el poeta ha salvado su misma intimidad, su más honda poesía lírica.

BERNARDO CLARIANA

## DOS LIBROS

«LA VIEJA PIEL DEL MUNDO», por Rafael Dieste.  
(Editorial Signo, Madrid, 1936)

Es frecuente llamar a un país nuevo, casi sin historia, pero con un afán enciclopédico de cultura, es frecuente llamarle «la Grecia Moderna», y si este país se encuentra en la América española, todos sus mejores hijos se preocupan de adquirir un caudal de conocimientos ideales, que nos sorprenden, a nosotros, los hombres del antiguo continente. En realidad, en lenguas vivas y muertas, están más dotados los escritores sudamericanos que los propiamente españoles, y, en sus academias, liceos, cenáculos literarios, las conversaciones se sostienen en un plano de universalidad que no siempre aquí tenemos. Sobre todo Francia e Inglaterra dejaron en nuestra América buena semilla de libros y costumbres. ¿Es que Rafael Dieste, autor de «La Vieja Piel del Mundo», puede ser considerado como un escritor de ultramar? No del todo, aunque en su formación, en los diálogos de su primera juventud, el ingenio de este gallego de tan rica fantasía algo discurrió de acuerdo con el ambiente americano, y esto le ha servido mucho para su obra. Su libro tiene la juventud de un país nuevo, la desbordante necesidad de construir una tradición, de crear un nuevo sistema, de ser la piedra angu-



lar de una cultura. Rafael Dieste, superando el peligro de la pedantería, con una gracia singular, escribe su libro como un verdadero maestro, un maestro sin cátedra, de los que dicen sus parábolas en una playa ante un auditorio de pescadores o ante un grupo de campesinos. (No olvidemos su colaboración con las «Misiones Pedagógicas»). De vez en cuando sus palabras adquieren un lirismo especial; habla en él el poeta, y, entonces, los niños que le escuchan sonríen y hasta se produce el milagro de que todos volvemos a ser niños. (El tirso de Dionisos forma el primer arco-iris de los cielos.)

Es interesante volver a leer este libro en plena guerra civil. Sobre todo cuando fijamos nuestra atención en los pasajes primeros sobre el origen del teatro. Nos habla Rafael Dieste de los primeros rapsodas que en las fiestas en honor de Dionisos iniciaron las farsas elementales, cual hoy ocurre con los poetas que vuelven a narrar y dialogar las hazañas de nuestros héroes. (Tal vez estemos viviendo los primeros pasos de un renacimiento teatral.)

Sobre el origen de la tragedia, sobre la historia de la música, historia hecha poesía, el autor enlaza cuanto hay de milagroso en la historia del pensamiento humano, y con este tema se suceden los capítulos de este libro tan lleno de preocupaciones trascendentales. Libro nietzchano, aunque se mezclen entre sus páginas algunos motivos exclusivos de nuestra época. Como todo libro histórico es un libro de gran actualidad. (Véase la «Novela de los dos Desnovelados», inserta con excelente criterio.)

Rafael Dieste ha escrito un libro que le valió largos ratos de meditación, y el mayor premio a que puede aspirar lo tuvo por anticipación logrado, gozando al escribirlo el mismo placer que hoy nos proporciona su lectura.

### «CANDENTE HORROR», Poemas de Juan Gil-Albert. (Ediciones «Nueva Cultura», Valencia, 1936)

Al mismo tiempo que en Madrid se publicaba «Misteriosa Presencia», colección de sonetos de Juan Gil-Albert, «Nueva Cultura», de Valencia, nos ofrecía otro libro del mismo autor. Se diría que el poeta los escribió desde dos puntos de vista, en dos situaciones de ánimo. En los sonetos, que entran dentro de la mejor tradición levantina, vemos a su autor mirando al pasado, vuelto el rostro y el alma, con el oído atento a la música de otras edades. Juan Gil-Albert, en «Misteriosa Presencia», se busca a sí mismo: sonetos de intimidad, poesía subjetiva, apasionada, confidente.



En «Candente Horror», libro profético, el poeta no se vuelve al pasado, mira de frente, se encara con el porvenir, y sin hablarnos de su secreto amor, nos presenta al rojo vivo, objetivamente, la verdad terrible que nos rodea. El poeta creador despierta, con su palabra vivificante, la realidad escondida. Su verso luminoso nos ayuda a conocerla, y de esta verdad viva de poesía, nace en nosotros amor y odio: toda una moral.

Juan Gil-Albert coloca al frente de su libro unas bellas palabras de sus «confesiones a tres jóvenes comunistas», y en el ejemplar que yo tengo, estas palabras de su puño y letra, escritas en medio del camino de nuestra victoria: «cuando toda la angustia de este libro ha estallado, dejando paso a un horizonte de amanecer, hirsuto todavía, cuando lo alegre está detrás de la montaña».

El poeta, en plena madurez de su talento, late con el mismo pulso que su pueblo, y este es el máximo elogio que se puede decir de un artista.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

## *LA COLECCION DEL PALACIO DE LIRIA, SALVADA*

### SU EXPOSICION EN VALENCIA

En el bellissimo claustro del viejo colegio del Patriarca, de Valencia, el Ministerio de Instrucción Pública ha expuesto, durante los últimos días de diciembre, todos aquellos cuadros y tapices que pertenecieron a la colección del duque de Alba, salvados por el 5.º Regimiento de entre los escombros que son hoy algunas salas del palacio de Liria.

La idea de esta exposición, como la colocación de cuadros y tapices, no merece sino elogios. En el acto inaugural sonó allí música de Mozart y de Haydn, y las circunstancias singularmente dramáticas que lo envolvían, lo deja como inolvidable en el recuerdo. La gente ha visitado afanosamente la exposición. Lástima



que una voz autorizada no se haya dejado oír después de la inauguración, orientando a los visitantes sobre dónde acababa el arte para dejar paso a lo puro anecdótico o biográfico, como eran allí un Sotomayor y los Zuloaga, dignos en todo caso del olvido.

Entre los tapices hay que señalar tres de ellos, verdaderamente maravillosos, representando grandes batallas en inmensos paisajes extendidos.

De los cuadros, aunque abundaban cosas interesantes, sólo unos cuantos lienzos sabían responder totalmente de su firma. Goya, por ejemplo, no podía estar mejor representado. Su «Duquesa» es encantadora, y como encantada, como pasmada la representa su pintor. De aquí, de estas duquesas, de esta mujer—muñeco es de donde arrancó Solana sus maniqués vivos con tan extraña vida. Y el otro retrato, «La marquesa de Lazán», es quizá, uno de los seis o siete mejores que puedan encontrarse en la obra de Goya.

Hay en él la libertad y el poderío que sólo encontramos de una manera total en sus cuadros negros, y al mismo tiempo, la delicada agudeza de sus retratos más sutiles. Todo Goya, todo el Goya distinto y separado, parece como citarse en este lienzo, en esta muchacha de vida tan firme, en esta especie de bruja serena, en esta mujer agrídulce, en este ángel salvaje y retador. Después un precioso Canaleto. Y un Esteve lindísimo. Y un Mengs excepcional.

Por todo cuanto significa esta exposición, muchachos comunistas del 5.º Regimiento: ¡salud!

## LABOR DE PROPAGANDA

Desde el comienzo de la guerra se planteó a la República la necesidad de realizar una labor de propaganda que, con distintos matices y diversos propósitos, diese una imagen viva y candente del momento, estimulando a la lucha y al trabajo, afirmando nuestra fe en la victoria y tratando, en fin, por un lado, de encauzar y orientar todas las fuerzas latentes del pueblo español en lucha contra el fascismo, y por otro, presentar ante el extranjero la faz limpia de la verdad y la exposición serena de nuestros motivos y propósitos en esta contienda. Mucha propaganda se ha hecho ya, y más es preciso realizar todavía. Pero no se trata sólo de cantidad, sino de calidad y tono, de nobleza y hondura en la intención. La propaganda debe estar, en lo posible, libre de partidismo, tener un sentido verdaderamente popular y nacional. Esta ha de ser, por tanto, labor del Gobierno especialmente.

Una propaganda bien dirigida al interior, una buena propaganda para nosotros mismos, no deberá sólo ser vistosa, sino también firme y auténtica: verdadera.



Y siendo verdadera, será verdaderamente eficaz. Una buena propaganda significa explicar bien el porqué de nuestra lucha, por qué y para qué luchamos. Y esta conciencia de nuestros propios anhelos y deberes es, en el fondo, la moral, el todo en las guerras.

Y en el extranjero, en la medida que sea eficaz nuestra propaganda, esto es, en la medida en que seamos certeros, en la medida que demos en el blanco con nuestros disparos, será eficaz la opinión que se decida a nuestro favor y el apoyo que ésta nos prestará en consecuencia.

Dentro y fuera, atendiendo al sentido real de las cosas, lo mismo que al sentido moral, que tanto debe importarnos, es necesaria una propaganda limpia, inteligente, verdadera y eficaz. El Gobierno ha atendido esta importante cuestión creando el Ministerio de Propaganda, que, apenas iniciado en sus tareas, realiza ya, aparte de la labor diaria y callejera, un buen trabajo de propaganda con alto sentido de oportunidad en el propósito, buscando una eficacia última, lenta tal vez, pero decisiva.

---

SUMARIO: Propósito. *Antonio Machado*: Consejos, sentencias y donaires de Juan de Mairena y de su maestro Abel Martín. *Rosa Chacel*: Cultura y pueblo. *José Bergamín*: Carta abierta a Mme. Malaterre-Sellier, respondiendo al libro de Francisco Gay: «En las llamas y en la sangre». La muerte de Unamuno. *José Moreno Villa*: Poemas de la guerra. *Juan Gil-Albert*: Poemas de la revolución. *Antonio Sánchez Barbudo*: Testimonios. *José López-Rey*: Comentario político. *Ramón Gaya*, *Bernardo Clariana* y *Manuel Altolaguirre*: Notas. La colección del Palacio de Liria, salvada. Labor de propaganda. *Rafael Dieste*: Nuevo retablo de las maravillas (mascarada en un acto). Viñetas de Gaya.





# HORA DE ESPAÑA

*R E V I S T A M E N S U A L*

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

## CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO  
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-  
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-  
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-  
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-  
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO  
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-  
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.  
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.

SECRETARIO: *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.  
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 18 PESETAS







Rafael Dieste

*“Nuevo retablo  
de las maravillas”*



*Mascarada en un acto*



## PERSONAJES

TRES PEONES.

FANTASIO,

juglar de varios oficios: charlatán, acróbata, prestidigitador...

MONICA,

su mujer, danzarina y colaboradora de Fantasio.

RABELIN,

mocillo, aprendiz de todo lo que sabe su maestro, y bastante buen músico. Lleva un acordeón.

CAMPESINO.

CAMPESINA.

ALCALDE.

TERRATENIENTE.

SEÑORITO.

REMILGADA.

TARASCA.

CURA.

MARQUESA.

GENERAL.

CORNETIN DE ORDENES



# “Nuevo retablo de las maravillas”

## Acto único

Carretera llegando al pueblo. Al costado que hace fondo de la escena, se supone una explanada de las que sirven de ferial y, a veces, de campamento a los gitanos y a los titiriteros. Hay en la explanada algunos pisones, azadas, barriles de alquitrán vacíos y otros elementos de arreglar caminos. Al borde de la carretera parten pedrezuela tres peones con traza de campesinos.

PRIMER PEÓN ¿Es la hora?

SEGUNDO Por el caer del sol creo que sí.

TERCERO Unos minutos menos de trabajo les darían pretexto para una tropelía.

PRIMERO Tres martillazos más y dejémoslo. Para cuatro lentejas y pan duro, de sobra hemos cumplido.

SEGUNDO Seamos prudentes. Unos golpes más. Yo os daré ánimo. ¡Sobre la coronilla de todos los truhanes que se visten de obispos y generales! ¡En las quijadas de los escribanos y de las beatas! ¡En todos los huesos malditos que se os vengan a las mientes! ¡Animo!

*(Rápido martilleo.)*

PRIMERO ¡Basta! Ni con esa ilusión quiero dar un martillazo más.

*(Se levantan, bostezan sonoramente y se disponen a marchar.)*

SEGUNDO ¡Si fuerais armas de combate, martillos que nos agobiáis!

*(Vanse los tres peones.)*

*(Llegan a escena Fantasio, Mónica y Rabelín, éste con su acordeón bajo el brazo, pendiente de una correa que le monta el hombro. Fantasio trae una gran maleta, muy vistosa, que pondrá con ligereza en el suelo al detenerse los tres un poco perplejos y desorientados.)*

FANTASIO ¿Habremos llegado a buen lugar?... ¿Qué dices, Mónica?  
¿Aún te sigue el enojo? ¡Habla, salada mía, dulce, amarga!

MÓNICA ¡Vaya unas cosas para decirme delante de este chico!

FANTASIO El muchacho no ve de mí más que buenos ejemplos. *(A Rabelín.)* Así has de ser cuando te cases: lisonjero, paciente y todo lo demás que tú ya sabes.

*(Rabelín se relame y hace girar los ojos.)*



MÓNICA Hoy nada hay oculto para estos chisgarabises. Todo se lo malician antes de tiempo.

RABELÍN Yo no me malicio más de lo que me incumbe, sé lo que a mis años corresponde, y tengo más de los que usted me atribuye.

MÓNICA Deprisa vas para charlatán.

RABELÍN Esa es mi incumbencia y mi correspondencia y la suma de mis atribuciones como buen aprendiz y preclaro discípulo del señor Fantasio.

FANTASIO ¡Bravo, Rabelín, mínimo Demóstenes, pizca de Cicerón, viruta de Castelar, astilla de Fantasio! ¿Qué opinas tú? ¿Vamos por buen camino?

*(Rabelín se rasca la cabeza dubitativo. Finge luego tener en la mano un telescopio y explora con él en torno. Risa de Fantasio.)*

MÓNICA *(Sin hacer caso de la gracia de Rabelín, a su marido).* No has querido atenerte a mis consejos, preguntar con arte cada media legua, y ahora, en la duda, quieres repartir culpas preguntándome a mí. ¡Me callaré como una tumba!

RABELÍN ¡Silencio, que alguien se acerca!

FANTASIO Nadie salude hasta ver cómo saludan ellos. Sonriamos, no obstante.

*(Llegan un campesino y su mujer. Se detienen un poco sorprendidos de la actitud interrogante, muda y lisonjera de los juglares.)*

CAMPESINA ¡Parecen apariciones! ¿Qué miran? ¿Qué nos miran?

CAMPESINO Calla, no hables tú la primera, que no sabemos quién es esta gente.

MÓNICA Nada hay que temer de nosotros. No tenemos más fuerza que una pluma al caer. Llevamos andados muchos caminos...

FANTASIO Tenemos que mentir para vivir, eso es todo.

MÓNICA ¿Hay mayor desventura cuando no es por gracia, sino por hambre?

RABELÍN Somos artistas.

MÓNICA Acróbatas, habladores...

FANTASIO Artistas o botarates, como ustedes gusten. Todo pierde peso y hace volatines con nuestros juegos y con mis palabras.

RABELÍN Y con el son de mi arca de Noé. *(Mostrando el acordeón.)* Aquí llevo jilgueros, gallos, cerdos y de todo.

CAMPESINA Escaso anda todo eso.

RABELÍN Quiero decir gorjeos, cacareos y música de todos los países.  
*(Ríen el Campesino y la Campesina.)*



FANTASIO Con franqueza, hermanos, ¿cómo saludáis aquí?

CAMPESINO Si vuestro oficio es de fantasía para ganar el pan, ojalá me sobrase del mío para daros y que me hicieseis ver visiones con gracia bien alimentada.

FANTASIO Entiendo tu saludo... Es una gran promesa. Casi me hace llorar.

MÓNICA ¡Y a mí danzar!

RABELÍN ¡Quietos, jilgueros!

CAMPESINO Ya vendrá ese tiempo.

CAMPESINA A mal sitio venís. Aquí mandan ellos todavía.

MÓNICA (*Recalcando*). Ellos...

CAMPESINA Sí, los otros. En viéndoos la cara sobran explicaciones. (*Confidencialmente.*) Tened cuidado. Ni en las pesadillas pudo ver nadie tales horrores. Primero humillan, después matan, después afrentan a los muertos.

CAMPESINO ¡Se me vuelve de pólvora la cabeza!

CAMPESINA ¡Silencio! Suena la verja. ¿Los veis? Allá vienen.

CAMPESINO Vámonos. No conviene que nos vean con forasteros. (*Tiende la mano a Fantasio.*)

FANTASIO ¡Salud!

(*Vanse rápidamente el Campesino y su mujer.*)

MÓNICA (*A Fantasio.*) Busca algún enredo para pasar bien de este apuro...

RABELÍN Su ingenio es inagotable.

FANTASIO (*Rápido y confidencial*). Abre la maleta, Mónica. Tú, Rabelín, acerca esos barriles.

(*Lo hace así Rabelín, y Fantasio los pone boca abajo un tanto distanciados.*)

FANTASIO ¡Ornamentos!

MÓNICA ¡Volando! (*Adorna los barriles con cintas de colores que saca del cofre.*)

FANTASIO ¡Misterios! ¡Artilugios! (*Rabelín le va dando aparatos incomprensibles, pequeños telescopios, esferas en lo alto de una varilla con pie, etc., que Fantasio distribuye sobre los dos improvisados soportes.*) Ahora seguidme el juego. (*Se coloca junto a un barril, Rabelín junto al otro, Mónica en medio.*)

(*Van llegando del fondo el Alcalde y el Terrateniente, éste orondo, aquél servil, los dos palurdos. En seguida dos damiselas, la Remilgada y la Tarasca, acompañadas por el Señorito. Y, finalmente, el General, una vieja Marquesa y un Cura simple, feliz y huraño, a los que sigue el Cornetín de órdenes. Cuando llegan los*



*primeros, pámanse viendo a los juglares, que están entregados al simulacro, fingiendo no enterarse.)*

FANTASIO ¡Aprieta ese meridiano!

RABELÍN ¿Así?

FANTASIO ¡Más! ¡Más!

MÓNICA ¡Cuidado! ¡Creo que va a saltar!

FANTASIO ¡Un poco más! ¡Basta! Corrige el punto de mira... ¿Ves el Tauro?

RABELÍN Aries, Tauro... ¡Ah, se escapa!

FANTASIO ¡Fíjalo!

RABELÍN *(Da un salto y hace como si dominase a un toro asiéndolo por los cuernos. Luego vuelve a su sitio.) (Observando.)* ¡Ya está!

ALCALDE ¿No sabéis saludar a las autoridades? *(Rabelín y Fantasio dan un brinco, sonríen y se quitan los chambergos. Mónica se inclina.)* ¿De dónde venís? ¿A dónde vais? *(Al Terrateniente.)* Como primera providencia creo que no estaría mal meterlos en la cárcel.

TERRATENIENTE Como a usted le parezca, señor Alcalde. Con probar nada se pierde. Debieran acompañarnos siempre dos alguaciles con escopetas para estos casos. Con cien fanegas de tierra, bien merece uno escolta.

ALCALDE No lo niego, don Zoilo; todo se arreglará...

SEÑORITO *(Llegando con las damas.)* ¿Qué pasa en Cádiz?

FANTASIO Me alegro de que usted llegue tan a punto, joven. ¿Es usted abogado?

SEÑORITO ¡Exacto! ¡Qué casualidad! ¡Exacto! ¿Cómo lo sabe usted?

FANTASIO Experiencia del mundo, ciencia fisionómica, telepatía, magnetismo animal y otras artes de que fuí doctorado en Munich, revalidado en Bolonia, diplomado en Coímbra, bendecido en Roma e hisopado en Burgos.

SEÑORITO ¿Hisopado? ¿Se usa esa palabra?

FANTASIO ¿Por qué no? De hisopus, hisopo, hisopar, hisopancia y todos los derivados.

SEÑORITO ¡Cierto, cierto! No caía en la cuenta. *(A las damas.)* Se ve que está enterado...

ALCALDE ¿Qué dice ese pájaro de cuenta?

REMILGADA Al parecer es un sabio.

TARASCA Y muy distinguido.

TERRATENIENTE *(Saliendo al paso del General.)* ¡General! ¡Vengan us-



tedes! ¡Magnífico, magnífico! Ha llegado a visitarnos un fisionómico magnético que viene de Alemania.

CURA ¿Qué herejías son esas?

SEÑORITO Son los primeros pasos de la nueva ciencia...

MARQUESA Yo no creo en la ciencia.

SEÑORITO En estas cosas hay mucho de verdad, señora Marquesa. Cuando yo estuve en Madrid...

GENERAL ¿De qué se trata?

RABELÍN ¿Se me permite hablar?

MÓNICA Mejor será que hables tú, Fantasio.

RABELÍN Es demasiado modesto. No dirá de sus méritos ni un tercio. Lo conozco.

FANTASIO ¡Cállate, Rabelín, que no se trata de lucirse ni de acrecentar la fama, sino de ser útil!

RABELÍN Es que...

FANTASIO ¡Silencio! ¡Cuídate de lo tuyo! ¡Vigila el zodiaco! (*Rabelín vuelve a su puesto con gran premura.*) ¡No he venido a perder el tiempo en vanidades! (*Modestamente.*) Mi última invención, que ha rendido inestimables servicios a la policía, y por la cual me ha felicitado muy calurosamente Salazar Oliveira, es ese retablo que terminaba de armar cuando ustedes llegaron a honrarme con su presencia.

ALCALDE Debiera usted haber pedido licencia a la Alcaldía.

FANTASIO No pensaba exhibirlo aquí, ni en otra parte, sin licencia y sin que antes lo viesen las autoridades, a las que puede ser de gran utilidad. (*Confidencial.*) Sólo pueden ver sus peripecias y figuras los que no estén tocados de marxismo, sindicalismo, anarquismo y demás plagas. Hay más marxistas de los que parece, y algunos, quizá los más peligrosos, lo son sin saberlo.

RABELÍN Es un virus terrible, a veces imperceptible, pero siempre fatal. (*Mónica suspira. Todos escuchan intrigados.*)

FANTASIO Así como el tuberculoso, a quien ocultan su mal por no alarmarle, siente un horrible escalofrío cuando al fin se entera, así podría alguno de los presentes, de no verse la salud monárquica en todos los semblantes, morir del susto si ante mi retablo se delatase de ceguera marxista, bakouninista o cosa por el estilo. Porque son justamente los que padecen esos achaques, ocultos o declarados, los que no pueden ver nada de mi retablo prodigioso. Haz una prueba, Mónica, para que pueda recibir consejo de estos señores.

MÓNICA ¿Cuál?



FANTASIO ¡Cualquier bagatela!

(Le habla al oído. Mónica descubre una cortina invisible. Fantasio y Rabelin hacen grandes extremos de vigilancia como tripulantes de una nave en peligro.)

ALCALDE ¡Que el diablo me lleve si acierto a ver claro, y bien seguro estoy de ser cedista! La verdad es que sin gafas poco veo. (Saca las gafas y se las pone.) Sí, ahora parece que algo diviso... Sí, sí... Y usted, don Zoilo, ¿ve algo?

TERRATENIENTE El retablo vacío. ¡Claro! Por ahora está vacío, creo yo...

CURA Yo no sé si es prudente jugar con estas cosas. En esto de las ciencias venidas así, de afuera y de repente, anda siempre el diablo metido.

GÉNERAL Pero en suma, ¿ve usted algo o no?

CURA (Temblando.) Yo no soy sospechoso.

GENERAL (Terrible.) ¡Ni yo!

MARQUESA Ni yo. Todo lo que el señor Cura vea, yo lo veré perfectamente.

TARASCA (Dando gritos repentinos.) ¡Ay, ay, ay! ¡Jesús! ¡Qué maravilla! ¡Qué prodigio! ¡Me muero! ¡Resucito! ¡Vuelvo a morir! ¡Ay! (Se queda colgada al cuello del Señorito.)

REMILGADA Yo veo un angelito volando.

TARASCA Yo... ¡Oh! ¡No se puede decir!... (Mirando al Señorito.) ¿Es verdad, Ernesto?

SEÑORITO ¿Qué?

TARASCA ¿No ves? ¡Tú!... ¡Yo!... ¡Los dos!...

REMILGADA ¡Ella!... ¡El!... ¡Oh!...

(Cae como tronchada en brazos de la Marquesa.)

MARQUESA ¡Esto es insoportable! Yo sólo veo cuernos.

(Gran movimiento de alarma en el grupo que forman el General, el Alcalde y el Terrateniente.)

TERRATENIENTE ¿Cuernos dice? ¿Dónde?

CURA ¡Esto es peligroso! ¡Estamos en la trampa del diablo! ¡Si yo supiera latín!

FANTASIO ¡Es verdad! Estamos en un trance un poco apurado. Podrían verse intimidades y descubrirse cosas que deben permanecer ocultas. ¡Claro! Desconocen ustedes la técnica... Dejen que yo les guíe. (Al General.) Con permiso de vucencia, ¿puede prestarme ayuda el Corretín de órdenes?

GENERAL No hay inconveniente.



FANTASIO Tú, Rabelín, ponte a este lado. Tú, Mónica, enfrente, y aparta los efluvios perniciosos. Entre los dos queda el retablo protegido. Tú, Cornetín, aquí, a mis órdenes, con permiso del General. Empezaremos ahora al modo tradicional.

MARQUESA (*Muy conmovida.*) ¿Tradicional?

FANTASIO Sí, señora Marquesa. Esto tiene una tradición antiquísima: fué ciencia salomónica, luego entretenimiento de grandes duques que conocían el secreto; después alarde confuso de Cagliostro y compañía, y ahora un arte metódico, científico, enigmático, pero tradicional.

MARQUESA Ahora empiezo a ver mejor.

CURA Y yo también, y no es que antes fuese menos cura, pero la tradición hace ver carlistas.

FANTASIO Comencemos, pues. ¡Aparta efluvios, Mónica! ¡Desbarata esa nube! ¡Muy alerta con esa sabandija que Belcebú deja escapar por debajo del rabo! ¡Ojo! No se pongan a ver sin mi consejo. Vamos a ser fieles al antiguo modelo que celebró Cervantes. Allí fué un toro el primer número. Vedle ya asomar por lo alto de un cerro.

MÓNICA Es tan veloz que sus cuernos hacen silbar el viento. Puede ser espantosa la acometida si no hay aquí un torero que lo mate o lo desvíe.

RABELÍN ¡Pronto, un torero! ¡Y un escuadrón de cirujanos!

FANTASIO Tú, a cumplir con tu deber.  
(*Rabelín toca un pasodoble torero.*)

TARASCA Toréalo tú, Ernesto.

SEÑORITO No tengo instrumentos. La tradición es ver los toros desde la barrera.

(*Se coloca detrás de la Marquesa.*)

MARQUESA ¡Lo veo, lo veo! Es negro y furioso como una noche de tempestad.

ALCALDE Yo anduve en capeas, algo podría hacer; pero no veo bien.  
(*Se pone detrás del General.*)

TERRATENIENTE (*Siguiéndole.*) ¿Qué decía usted?

REMILGADA ¡Que viene, que viene!

MÓNICA Todos los ratones y lagartijas le preceden despavoridos. ¡Ved esa rata gris!

(*Gran revuelo y griterío entre las mujeres. Con este motivo la Tarasca abraza a todos, pero más fuerte al Señorito.*)

SEÑORITO ¡Déjame, que ahora viene el toro!

TARASCA ¿Vas a torearlo?

SEÑORITO Suéltame, digo, que así no puedo correr.



FANTASIO ¡Señores! ¡Hace falta una espada! ¡Pronto, pronto! (*Rabelín se protege con el acordeón, Mónica finge ponerse al amparo de Fantasio.*) ¡A tu puesto!

CORNETÍN ¿Por qué no hace usted mismo que aparezca Belmonte, señor Fantasio?

FANTASIO No hace falta. Más diestra es la espada de nuestro General. Da ya el toque de muerte.

CORNETÍN No sé.

FANTASIO Como sepas.

(*Suena delirante y destemplado el cornetín. Huyen con gran clamor las mujeres, y los hombres empujan al General que, al fin, no tiene más remedio que sacar la espada.*)

TODOS ¡Bravo, General!

(*El General avanza, da terribles estocadas en el aire y, al fin, se tambalea, como vencido por el esfuerzo de la proeza.*)

FANTASIO ¡Una estocada más! ¡La última! ¡Así!

TODOS ¡Olé!

MÓNICA Ved qué pronto se llevan ahora al toro los cuadrilleros.

REMILGADA Bien podía habernos mostrado algo más bonito, señor Fantasio.

FANTASIO Estábamos seguros. Conozco el temple del General.

ALCALDE Como Alcalde le prohibo soltar toros o cosa que se le parezca.

TARASCA ¡Qué horror! A mí me levantó la falda con un cuerno.

SEÑORITO Fuí yo sin querer.

FANTASIO (*Señalando al retablo.*) Ahora sí que no pueden quejarse de mí. ¡Vaya, no disimulen más el regocijo! (*A don Zoilo, que está muy perplejo.*) ¿No le place el espectáculo?

TERRATENIENTE Sí, sí, muy gracioso. ¡Je, je! ¿Usted ve bien, señor cura?

CURA ¿Eh? ¡Ah, sí, magnífico! Pero debe haberse quedado aquí algún effluvio maligno, que no se ve del todo bien. (*A Fantasio.*) Preséntenos usted algo tradicional para que esto se despeje.

ALCALDE ¿Otra vez el toro?

TODOS ¡No, no!

GENERAL ¡Sí es preciso por la causa!

FANTASIO ¿No ven ustedes todavía? Me alarma esto. ¿De dónde puede proceder ese effluvio marxista? (*Mira a todos inquisitivamente.*)

RABELÍN (*Cogiendo una piedra y lanzándola.*) ¡Lárgate, maldito! (*Se oye ladrar un gozquecillo en fuga.*)



ALCALDE ¡Ah! ¿Era ese? Es mi perro, pero no importa. ¡Que lo fusilen!  
¡Pero, claro! ¡Si ahora se ve muy bien!

FANTASIO Son unos tres mil...

TERRATENIENTE Quizá más, quizá más. Yo cuento unos tres mil quinientos.

FANTASIO Yo digo rubios... Tostados muchos más.

MARQUESA ¡Oh, sí, ahora veo perfectamente! ¡Qué bien marchan!

CURA Lástima que sean protestantes.

GENERAL Si no me equivoco son alemanes

TARASCA ¡Ay! ¡Y moros!

GENERAL ¡Yo os saludo, salvadores de España, antiguos bárbaros de encendida pelambre, que hoy hacéis microscopios, productos químicos y gases asfixiantes! Ante vosotros, nietos de Carlos V, primos de la Imperial España que hoy renace, ante vosotros, digo, presento armas y beso rendidamente los atributos de vuestros mariscales! ¡Sí, los atributos!... ¿Entendido? ¡Tembloroso de orgullo! ¡Sí, de orgullo!

TODOS ¡Bravo! ¡Viva España germánica!

TARASCA Ha estado usted adorable, General.

GENERAL ¡Aun no he terminado! Y vosotros, oscuros hijos de Mahoma, que hoy ponéis la media luna al servicio de la cruz, y la cruz al servicio de la causa, de la cual... yo... aquí... ante vosotros... (*Se atasca.*) En fin, esto es muy complicado, pero vosotros..., a quienes tengo el gusto...

(*La Tarasca avanza de pronto desenfundada y corta el discurso del General.*)

TARASCA ¡El gusto es mío! Yo os condecoro: a ti, moreno; a ti, rubio; a todos. No sé con quién quedarme. (*Abraza moros y alemanes invisibles con gran arrebató.*)

MARQUESA ¡Esto es demasiado! ¿Qué dirán de nosotras?

REMILGADA Es una acaparadora.

FANTASIO No desbaraten la fiesta con pequeñas disputas, y recompensen a quien les da tanto placer. (*Tiende el chambergo.*)

CURA Yo no tengo suelto. Dele algo por mí, don Zoilo.

TERRATENIENTE Me dejé en casa el monedero.

GENERAL ¡Yo pago por todos! (*Ofrece un billete a Fantasio.*)

FANTASIO ¿Un billete alemán de la postguerra? (*Dirigiéndose a un moro invisible.*) Toma tu paga, morito, de parte del General.

GENERAL Hay que atender dignamente a estos huéspedes.

ALCALDE (*Rechazando el chambergo de Fantasio.*) ¿Habrá que preparar alojamiento, mi General?



RABELÍN *(Rabelín, que ha recogido el billete del suelo, vuelve a tirarlo.)*  
No vale un céntimo. ¿Alojamiento? No hace falta. *(Inicia la Internacional en el acordeón.)* Ya se van.

TARASCA ¡Oh, que no se vayan tan pronto! *(Saca un pañuelo, y después de limpiarse las lágrimas lo agita en despedida.)*

MARQUESA Este demonio los ha espantado con esa cencerrada.

REMILGADA ¿Qué música es esa? ¡Puah! ¡Huele a azufre!

GENERAL *(Yendo hacia Rabelín con la espada desenvainada.)* ¡Ah, grandísimo granuja!

ALCALDE No se puede uno fiar de esta gente.

TERRATENIENTE Ya lo decía yo.

*(Rabelín comienza a tocar el acordeón precipitadamente, haciéndolo sonar con todos los gorjeos y sonidos del arca de Noé.)*

MARQUESA Ese instrumento está embrujado.

RABELÍN ¡Ah, maldito! ¡Párate!

GENERAL ¿A mí me dices eso?

RABELÍN Párate, digo al acordeón. Maldito, al perro. El tiene la culpa de todo. Que lo fusilen, sí.

FANTASIO *(Tomando el pulso al Alcalde.)* ¿No estará usted contagiado por esa alimaña, señor Alcalde?

ALCALDE Atienda usted al músico.

FANTASIO Mi ciencia poco vale en estos casos.

MÓNICA ¿No podría usted hacer algo en su auxilio, señor Cura?

VOCES ¡Pobrecillo! ¡Que lo desembrujen!

GENERAL A este le desembrujo yo de un mandoble.

*(El Cura detiene suavemente al General, se acerca a Rabelín, murmura un rezo y traza varias bendiciones en el aire. Se ilumina la faz de Rabelín y empieza a tocar la Marcha Real.)*

TERRATENIENTE ¡Eso es otra cosa! ¡Bravo, señor Párroco!

TODOS ¡Milagro! ¡Milagro!

MÓNICA *(Inesperadamente.)* ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Una bendición para el retablo!

FANTASIO ¿Qué sucede?

MÓNICA ¡Oh, ya no tiene remedio!

TODOS ¿Qué?

MÓNICA ¿Hace falta preguntarlo? ¿No se está viendo? ¡Todo el retablo está invadido por milicianos rojos!



TERRATENIENTE ¡Es demasiado!

ALCALDE ¡Se lo prohíbo!

MÓNICA Fué un descuido.

FANTASIO No puede uno atender a tantas cosas. Ocúltense un instante.  
(*Todos huyen y se encaraman a donde pueden, menos la Marquesa.*)

MARQUESA ¿Qué va a pasar? ¿Van a abusar de mí?

CURA ¡No hay cuidado, señora! ¡Como de mí!

MARQUESA ¿Usted cree? ¿Abusarán de los dos? ¡Oh! ¡Qué extraño escalofrío! ¡No puedo moverme! ¡No puedo! ¡Y, sin embargo, me siento más joven!...

GENERAL ¡Serenidad! ¡Que cada cual ocupe su puesto! (*Se mete bajo las faldas de la Marquesa.*)

CORNETÍN Yo sigo el ejemplo.

(*Intenta meterse bajo la falda de la Remilgada, pero ésta le da un empujón y él quédase inmóvil en cualquier posición ridícula. Entre tanto, Fantasio hace misteriosos juegos, como para alejar el peligro del retablo.*)

GENERAL (*Llevando un auricular invisible a la oreja.*) ¡Aló! ¡Aló! ¿Es el Estado Mayor? ¡En seguida! ¡Envíen refuerzos! Sí. Preparado. Daré órdenes.

CORNETÍN ¿Toco algo?

REMILGADA Como te atrevas te doy un puntapié

FANTASIO (*A Rabelín.*) ¡La cigüeña magnética!

(*Rabelín se pone en un pie haciendo la cigüeña y da saltitos por la escena.*)

RABELÍN ¿Está bien esta vibración, Maestro?

FANTASIO ¡Magnífico! ¡Eficacísimo! ¡Ya se van!...

RABELÍN ¡Huyeron aterrados! Y eso que sólo vieron mi cigüeña y a la señora Marquesa...

SEÑORITO Me lo explico.

MARQUESA ¿Huyeron de mí? ¿De mí? ¡Oh! ¡Son demasiado tímidos.

FANTASIO Vean ahora mi retablo y salten y descoyúntense de alborozo.  
¡Pronto, General! ¡Ha llegado el instante de entrar en Madrid! ¡No queda un solo marxista!

GENERAL ¡Mi caballo! (*El Cornetín de órdenes trae un caballo de cartón-busto y vara, sobre la cual cabalga el General.*) ¡De frente! (*Toque de atención del Cornetín. Se atiesan todos militarmente para entrar*



en Madrid.) ¡Marchen! (Toque ejecutivo. Avanzan todos detrás del General.)

FANTASIO ¡Alto! Perdonadme, General, que dé yo la voz de mando, pero es que ha llegado la hora de celebrar la victoria, y una gran fiesta nos espera.

(Rabelín toca un vals, y súbitamente se forman las siguientes parejas: El Señorito y la Tarasca, la Remilgada y el Alcalde, el General y una dama invisible, el Terrateniente y el caballo que dejó abandonado el General. El cornetín anda azorado recibiendo empujones de todas las parejas. La Marquesa quita el bonete al Cura y le pone una mitra improvisada de papel. Mónica y Fantasio se apartan un poco y contemplan la farsa con cierta melancolía, aunque Fantasio, por costumbre, hace juegos de manos.)

TARASCA ¡Ahora serás ministro, Ernesto mío!

SEÑORITO Tú serás la que mandes en España.

MARQUESA (Señalando a su Obispo.) Mandaremos nosotros.

(Los dos pasean pomposamente.)

ALCALDE (A su pareja.) ¿Por qué estás triste? ¡Esto es pistonudo!

CORNETÍN ¡Felicidadme todos! ¡Me han condecorado! ¡He ascendido a Capitán!

(Arrebata la pareja al Señorito y es éste el que ahora marcha a la deriva y al azar de los empujones.)

SEÑORITO ¡Ya soy Ministro! (Dando patadas en el suelo.) ¡Ya soy Ministro! ¡Ministro de la Guerra!

GENERAL (A su pareja invisible.) Perdona. (Avanzando hacia el Señorito.) ¿Qué impertinencia está diciendo ese? ¡El Ministro de la Guerra soy yo! ¡El que diga lo contrario miente como un marxista o no ve un burro a tres pasos!

TERRATENIENTE (Mirando al caballo de cartón.) Yo veo perfectamente.

¡Yo no soy sospechoso! ¡Per-fec-ta-men-te! (Con desmayo súbito.)

¡Per-fec... ta-men-te! (Se limpia el sudor y señala hacia el fondo.)

ALCALDE ¿Qué sucede? ¿Qué es eso?

MÓNICA Es la verdad del retablo que se desencadena.

REMILGADA Basta de bromas terribles, señor Fantasio.

MARQUESA ¿Por qué vienen tan furiosos?

FANTASIO Es un misterio que usted no podrá comprender nunca, señora Marquesa.

CURA ¡Si parece gente conocida, de mi Parroquia! ¡No quiero que me vean en esta traza! (Se quita la mitra de papel y se la pone a la Mar-



quesa. Buscando algo en torno.) En estas danzas he perdido el bonete... y la feligresía... (Vase el primero a grandes pasos, muy corrido.)

(Aparecen tumultuosamente el Campesino, su mujer y tres Peones, uno de los cuales trae el martillo, los otros una hoz y un biello, y el Campesino su cayada.)

CAMPESINA (Alborozada, abrazando a Mónica.) ¡Han llegado los nuestros! ¡Miles de milicianos! ¡Viva!

(Al empuje de los campesinos huyen y se dispersan dando trompicones, cayendo y levantándose, el General y compañía.)

GENERAL (Al recibir un golpe de cayada en la cabeza.) ¡Esto es un desacato, evidente!

EL DE LA HOZ ¡Fuera, mala hierba!

EL DEL BIELDO ¡Hay que aventar esto! ¡Fuera paja!

(Quedan sólo en escena los campesinos y los juglares.)

CAMPESINA (A Mónica.) ¡Ahora inventad una fiesta para nosotros!

MÓNICA ¿Quién puede inventar fiestas con tanta alegría? ¡La fiesta sale sola!

RABELÍN Yo tocaré lo más alegre. ¡Que dancen todos!

FANTASIO La tierra está purificada. El arte empieza de nuevo. Renuncio a mis invenciones. Sólo sé danzar.

(Gira como un torbellino con su mujer. El Campesino y la Campesina danzan sueltos uno frente a otro. Los otros hacen de comparsas con grandes extremos grotescos, de extraordinaria inocencia, dando saltos a compás. Llega el Cornetín muy tímido.)

CORNETÍN Dejadme participar en vuestra fiesta. Yo estaba con ellos porque no había medio de escapar.

CAMPESINA ¿Dices la verdad?

MÓNICA Doy testimonio a su favor.

CORNETÍN ¿Me aceptáis? ¿Sí? (Haciendo piruetas de júbilo sin poder contenerse.) ¡Oh, veo que sí! ¡No se me pueden parar las piernas de alegría! ¡No puedo detenerme!

FANTASIO Aquí empiezan las verdaderas maravillas, las que se ven cuando los ojos están claros y libres!

TODOS ¡Viva Fantasio!

(Mónica saca un pañuelo colorado que llevaba oculto y lo agita en el aire. Fantasio hace un giro rápido y se detiene cuando Rabelín inicia la Internacional. Todos levantan jovialmente el puño.)

F I N



